



*Leyendas del
México
Antiguo*

José Arturo Sarabia Campos

LEYENDAS DEL MÉXICO ANTIGUO

LEYENDAS DEL MÉXICO ANTIGUO

José Arturo Sanabria Campos



LEYENDAS DEL MÉXICO ANTIGUO

LEYENDAS DEL MÉXICO ANTIGUO

Primera edición 2025

© Escritor y Editor Literario: José Arturo Sarabia Campos

© Derechos reservados

ISBN: 9798243598170

Queda estrictamente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular.

ÍNDICE

DEDICATORIA	5
PRÓLOGO	8
CAPÍTULO 1 LA LLORONA	10
CAPÍTULO 2 EL CHARRO NEGRO	16
CAPÍTULO 3 EL MAL DE OJO	24
CAPÍTULO 4 LA PLANCHADA	30
CAPÍTULO 5 EL NAHUAL	37
CAPÍTULO 6 EL CALLETÓN DEL MUERTO	43
CAPÍTULO 7 LA QUEMADA	49
CAPÍTULO 8 EL FANTASMA DE LA MONJA	56
CAPÍTULO 9 LOS ALUXES	62
CAPÍTULO 10 EL CALLETÓN DEL BESO	69
CAPÍTULO 11 LA ISLA DE LAS MUÑECAS	75
CAPÍTULO 12 EL CHUPACABRAS	83
CAPÍTULO 13 LA FLOR DE CEMPASÚCHIL	90
CAPÍTULO 14 LA MANO EN LA REJA	95
EPÍLOGO	102
AGRADECIMIENTO	104

DEDICATORIA

A ti, mexicano, mexicana, que llevas en la sangre el eco de milenios y en el pecho el orgullo de una nación que nunca se ha rendido:

Este libro es para ti.

Para el que nació en una rancharía de la Sierra Tarahumara y aún habla con los espíritus de la montaña.

Para la que teje rebozos en un taller de Santa María del Río y sabe que cada nudo es un recuerdo de sus abuelas. Para el joven que en la ciudad camina entre rascacielos, pero al escuchar un mariachi en la calle, siente que el corazón se le ensancha.

Para la madre que en noviembre arma su altar con cempasúchil y pan de muerto, y habla con sus muertos como si estuvieran sentados a la mesa.

Para el que se emociona con el grito de independencia en la plaza, aunque sepa que la libertad aún cuesta sangre y sudor. Para quien, en cualquier rincón del mundo, cuando alguien dice «México» siente que le aprietan el alma.

Este libro es para ti porque estas leyendas no son solo cuentos de miedo o de amor: son espejos de lo que somos. En La Llorona vive la madre que sufre por sus hijos y la que, en su dolor, nos recuerda que el arrepentimiento no tiene fin. En el Charro Negro cabalga la tentación de la riqueza fácil y la advertencia de que el precio de la codicia siempre se cobra. En la mano que suplica pan por la reja late la injusticia que no muere, la voz que clama por misericordia, aunque el cuerpo ya no pueda.

LEYENDAS DEL MÉXICO ANTIGUO

En la flor de cempasúchil florece el amor que vence a la muerte, el camino de luz que guía a los que se fueron y a los que quedamos esperando.

En los aluxes y en el nahual respira el respeto por la tierra, la certeza de que nada es solo nuestro: todo tiene espíritu y todo merece cuidado.

Somos un pueblo que ha llorado ríos, que ha sangrado en batallas, que ha sido conquistado, explotado, olvidado... y sin embargo, aquí estamos.

Seguimos bailando en las plazas, seguimos poniendo altares, seguimos contando historias alrededor del fuego, seguimos riendo, aunque el corazón duela. Nuestra cultura no es un museo polvoriento: es un río vivo que corre por las venas de cada uno de nosotros.

Es el mole que huele a siglos de mezclas, el mariachi que suena en bodas y en funerales, la lucha libre que convierte el dolor en espectáculo, la calavera de azúcar que se ríe de la muerte porque la muerte, al final, es solo otra vecina.

Este libro no pretende enseñar historia ni folclor. Pretende recordarte que estás hecho de lo mismo que estas leyendas: de miedo y de valentía, de pérdida y de esperanza, de oscuridad y de una luz que nunca se apaga del todo.

Pretende que cuando alguien te pregunte de dónde eres, no solo digas México, sino que sientas en el pecho el peso hermoso de esa palabra: un país que ha sido herido mil veces y que, sin embargo, sigue floreciendo como el cempasúchil en noviembre.

A ti, que llevas en los ojos el fuego de los antiguos, en las manos el trabajo de los abuelos y en el alma la fuerza de los que vendrán: gracias por existir. Gracias por no olvidar quiénes somos. Gracias por sentir orgullo, aunque a veces duela.

LEYENDAS DEL MÉXICO ANTIGUO

Gracias por seguir contando estas historias, por seguirlas viviendo, por seguirlas haciendo tuyas.

Este libro es tuyo. Llévalo contigo. Cuéntalo a tus hijos.

Déjalo en una mesa donde alguien lo necesite.

Y cuando sientas que el mundo te hace pequeño, recuerda: tú vienes de un pueblo que ha convertido sus fantasmas en familia, sus dolores en altares y sus muertos en flores.

Con todo mi cariño y mi orgullo compartido, El autor.

PRÓLOGO

México no es solo un territorio de montañas, selvas y desiertos: es un país donde el pasado respira, susurra y, a veces, grita. Aquí, la línea que separa lo visible de lo invisible es tan delgada como el filo de una obsidiana, y en las noches sin luna, cuando el viento recorre las calzadas empedradas o sacude los pétalos de cempasúchil, esa línea se desvanece por completo.

En este libro se reúnen trece leyendas que han acompañado a generaciones de mexicanos: desde los lamentos eternos de La Llorona junto al río hasta la mano pálida que aún suplica pan en una reja de Morelia; desde el galope infernal del Charro Negro en los caminos solitarios hasta el susurro de las muñecas en la Isla de Xochimilco. Cada una de estas historias es un puente entre mundos: el de los vivos y el de los muertos, el de la razón y el del misterio, el de la tierra y el del espíritu.

Estas no son meras fábulas inventadas para asustar niños. Son herencias vivas, tejidas con hilos prehispánicos, coloniales, mestizos y contemporáneos. En ellas laten las creencias de los antiguos mexicas que veían en el colibrí el alma de los guerreros caídos, en el cempasúchil un camino de luz para las ánimas; persisten los miedos y las esperanzas de la Nueva España, donde el amor prohibido podía costar la vida y la envidia convertirse en veneno lento; sobreviven los ecos de los siglos XIX y XX, cuando la modernidad chocaba con lo inexplicable y nacían figuras como el chupacabras o la mano espectral que aún pide misericordia.

Cada leyenda aquí reunida —La Llorona, El Charro Negro, El Mal de Ojo, La Planchada, El Nahual, El Callejón del Muerto, La Quemada, El Fantasma de la Monja, Los Aluxes, El Callejón del Beso, La Isla de las Muñecas, El Chupacabras y La Mano en la Reja— es un espejo. Refleja nuestras virtudes y nuestros miedos más profundos: el amor que vence a la muerte, la traición que corroe el alma, la codicia que atrae al diablo, la envidia que

destruye familias, el respeto por la naturaleza que protege o castiga, la injusticia que clama por justicia incluso después de la tumba.

Pero también son espejos de una nación que ha aprendido a convivir con sus fantasmas. En México no huimos de lo sobrenatural: lo honramos. Le ponemos altares en noviembre, le dejamos ofrendas en cuevas y milpas, le rezamos en calzadas oscuras y le contamos a los niños para que no olviden que la muerte no es el final, sino otro comienzo. Por eso las leyendas no mueren; se transforman, se visten de nuevos rostros, se adaptan a nuevos tiempos, pero conservan su esencia: recordarnos que estamos rodeados de lo invisible y que, en el fondo, seguimos siendo los mismos seres que temían a la noche y al mismo tiempo la necesitaban para soñar.

Este libro no pretende explicar ni desmitificar. Pretende invitarte a caminar por esos callejones estrechos, a subir a esas colinas sagradas, a remar por canales oscuros y a detenerte frente a una reja antigua cuando la ciudad ya duerme. Pretende que sientas el frío que recorre la espalda cuando algo —o alguien— te observa desde las sombras, y que, al mismo tiempo, reconozcas en ese escalofrío una forma de pertenencia.

Porque en México los fantasmas no son extraños. Son familia.

Que estas páginas te acompañen en las noches largas y en los días de luz. Que te recuerden que, aunque el mundo cambie, hay cosas que nunca se van del todo: un lamento junto al río, un galope en la distancia, una mano que aún pide pan, una flor amarilla que nunca se marchita.

Bienvenido a las Leyendas de México. Que los espíritus te permitan dormir... al menos esta noche.

CAPÍTULO 1 LA LLORONA

En el pequeño pueblo de Mixcoac, escondido entre árboles y atravesado por un río de aguas turbulentas, las noches eran silenciosas, salvo por el murmullo del agua y el ocasional aullido de los perros. Los habitantes, gente sencilla que vivía de la tierra y la pesca, contaban historias al calor de las fogatas, pero ninguna era tan temida como la del lamento que a veces se escuchaba cerca del río. Decían que era el alma en pena de una mujer, una madre que, por una tragedia inenarrable, había perdido a sus hijos y ahora vagaba en busca de lo que nunca encontraría.

Hace mucho tiempo, en ese mismo pueblo, vivía una joven llamada María. Era conocida por su belleza: cabello negro como la obsidiana, ojos profundos como el cielo nocturno y una risa que alegraba los corazones. Ella vivía en una humilde casa de adobe con su madre, viuda desde hacía años, que se dedicaba a tejer mantas para venderlas en el mercado. Su vida era tranquila, pero su corazón albergaba un sueño: encontrar el amor verdadero, uno que la sacara de la monotonía y le diera un propósito mayor.

Un día 2 de febrero de 1893, durante la fiesta patronal, en honor a la Purificación de Nuestra Señora de la Candelaria, un forastero llegó al pueblo. Se hacía llamar Alejandro, un hombre de piel curtida por el sol, con una mirada intensa y modales refinados que contrastaban con la rusticidad de Mixcoac. Decía ser comerciante, por eso viajaba de pueblo en pueblo para vender especias y telas finas traídas de tierras lejanas. Se instaló en la posada del pueblo y, desde el primer momento, sus ojos se posaron en María. Ella, cautivada por su encanto y sus historias de mundos lejanos, no tardó en enamorarse.

El cortejo fue breve pero apasionado. Alejandro le prometió a María una vida llena de aventuras, una casa grande en la ciudad

y una familia que nunca conocería la pobreza. A pesar de las advertencias de su madre, que desconfiaba del forastero, Ella se dejó llevar por sus promesas. En menos de un año, se casaron en una ceremonia sencilla, y pronto dio a luz a dos hijos: un niño, al que llamaron Fernandito, y una niña, Anita, cuya risa era tan dulce como la de su madre.

Por un tiempo, la vida parecía perfecta. Alejandro pasaba semanas fuera por sus viajes, pero siempre regresaba con regalos y palabras dulces. María cuidaba de sus hijos con devoción, y mientras mecía sus cunas, imaginaba un futuro brillante para ellos. Sin embargo, algo comenzó a cambiar. Los viajes de Alejandro se volvieron más largos, sus regresos menos frecuentes, y cuando estaba en casa, su mirada se volvía distante, como si su mente estuviera en otro lugar.

Una noche de tormenta, cuando Fernandito tenía cinco años y Anita apenas tres, Alejandro regresó al pueblo. María, que lo esperaba ansiosa, notó algo diferente en él. Sus ropas eran más finas, sus manos con anillos de oro, pero su rostro estaba endurecido, como si cargara un secreto demasiado pesado. Esa noche, después que los niños se durmieran, Alejandro se sentó frente a su mujer y, sin mirarla a los ojos, le confesó la verdad.

—No soy quien crees —dijo con voz fría—. Mi nombre no es Alejandro, soy Alfonso de la Vega, hijo de un rico hacendado de la ciudad. Vine a este pueblo huyendo de mi familia, que quería imponerme un matrimonio arreglado. Me enamoré de ti, María, pero mi padre ha enfermado, y debo regresar para reclamar mi herencia. No puedo llevarte conmigo. Mi familia nunca aceptaría a una mujer como tú, ni a nuestros hijos.

María sintió que el mundo se desmoronaba. Las palabras de Alejandro —o Alfonso— eran como dagas. Intentó suplicarle, recordarle las promesas, los años compartidos, pero él fue implacable.

—Te dejaré dinero —dijo, a la vez que depositaba una bolsa de monedas sobre la mesa—. Es lo mejor para todos.

Antes que el alba rompiera, Él se marchó, y María quedó sola, con el llanto de sus hijos que resonaban en sus oídos.

Los días siguientes fueron un tormento. María apenas comía y dormía. Las monedas que Alejandro dejó se agotaron pronto, y la vergüenza de su abandono la aisló del pueblo. Algunos vecinos la miraban con lástima; otros, con desprecio, mientras murmuraban que había sido una ilusa por confiar en un forastero. Su madre, ya anciana y enferma, murió poco después, incapaz de soportar la tristeza de su hija. María se quedó sola con Fernandito y Anita, en una casa que parecía derrumbarse junto con su espíritu.

El invierno llegó con crudeza. El río creció, las aguas invadieron los cultivos y la pesca escaseó. Ella, que apenas tenía fuerzas para levantarse, no podía alimentar a sus hijos. Fernandito, siempre valiente, intentaba consolarla, mientras le decía que encontraría trabajo. Anita, demasiado pequeña para entender, solo lloraba y pedía comida. Cada noche, María miraba a sus hijos dormir y sentía un nudo en el pecho, una mezcla de amor y desesperación. ¿Cómo podía protegerlos si el mundo parecía conspirar contra ella?

Una noche, cuando el hambre era insoportable y el frío calaba los huesos, María tomó una decisión que la perseguiría para siempre. Llevó a Fernandito y Anita al río, diciéndoles que irían a buscar peces bajo la luz de la luna. Los niños, confiados, la siguieron, tomados de su mano. Al llegar a la orilla, ella se arrodilló y los abrazó con fuerza, sus lágrimas mezclándose con el agua helada.

—No puedo dejar que sufran más —susurró, con la voz rota—. Si no puedo darles una vida digna, al menos los llevaré a un lugar donde no haya dolor.

Con un grito que parecía salir de las entrañas de la tierra, María sumergió a sus hijos en el río. Fernandito luchó, para liberarse, pero la corriente era fuerte, y Anita, demasiado débil, se rindió pronto. Cuando el silencio volvió, se dio cuenta de lo que había hecho. Cayó de rodillas, arrancándose el cabello, al tiempo que gritaba al cielo.

El remordimiento fue instantáneo, sin embargo, ya era tarde. Los cuerpos de Fernandito y Anita habían desaparecido, arrastrados por el río. María corrió por la orilla, llamándolos, a la vez que suplicaba que volvieran, aunque solo el eco de su voz le respondía. En su desesperación, se lanzó al agua para buscar a sus hijos, pero la corriente la envolvió, y su cuerpo nunca fue encontrado.

Desde esa noche, el pueblo de Mixcoac cambió para siempre. Los pescadores comenzaron a evitar el río después del atardecer, pues afirmaban que escuchaban el llanto de una mujer. Algunos decían haber visto una figura vestida de blanco, con el cabello largo y empapado, que caminaba por la orilla, al tiempo que llamaba a Fernandito y Anita con una voz que helaba la sangre. Los niños del pueblo aprendieron a no acercarse al agua por las noches, y las madres usaban la historia para advertir a sus hijos sobre los peligros de desobedecer.

Con el paso de los años, la historia de María se convirtió en leyenda. Algunos decían que era un castigo divino por su terrible acto; otros, que su alma estaba atrapada, condenada a vagar por la eternidad en busca de sus hijos. Los ancianos del pueblo contaban que, en noches de tormenta, el llanto de la mujer era más fuerte, como si el río mismo llorara con ella.

Una noche, muchos años después, un joven llamado Luis, recién llegado a Mixcoac, decidió desafiar la leyenda. Era un hombre escéptico, que no creía en fantasmas ni en cuentos de ancianos. Sus amigos del pueblo, riendo, le retaron a pasar la noche junto al río, prometiéndole una jarra de pulque si regresaba

por la mañana. Él, confiado, aceptó el desafío y se dirigió al río con una linterna y una manta.

La noche era fría, y el cielo estaba cubierto de nubes. Luis se sentó en la orilla, mientras observaba el agua correr, burlándose de las historias que había escuchado. No obstante, a medida que las horas pasaban, un escalofrío comenzó a recorrer su cuerpo. El viento parecía susurrar nombres, y el murmullo del río se transformaba en algo más, algo humano. De pronto, un llanto desgarrador rompió el silencio. De inmediato se puso de pie, al tiempo que buscaba su linterna, pero no veía nada.

—¿Quién está ahí? —gritó, su voz temblorosa más de lo que quería admitir.

El llanto se acercó, y entonces la vio: una mujer de blanco, con el rostro oculto por su cabello mojado, que flotaba apenas sobre el suelo.

—¡Fernandito! ¡Anita! —gritaba, al tiempo que extendía las manos hacia él.

Luis, paralizado, sintió que su corazón se detenía. La mujer levantó la cabeza, y aunque no pudo ver su rostro, sintió una tristeza infinita en su presencia, una culpa que no era suya pero que lo aplastaba.

Corrió, tropezándose con las piedras, sin mirar atrás. Cuando llegó al pueblo, pálido y jadeante, apenas pudo hablar. Sus amigos, que lo esperaban en la cantina, dejaron de reír al verlo. Luis solo alcanzó a decir:

—No es un cuento. Ella está allí, y nunca dejará de buscarlos.

Desde entonces, nadie volvió a dudar de la leyenda. La figura de la mujer, a quien llamaron La Llorona, se convirtió en un recordatorio de las tragedias que nacen del amor y la desesperación. En Mixcoac, el río aún corre, y en las noches más

oscuras, el llanto de María aún resuena, al buscar a los hijos que perdió, atrapada en un lamento eterno.



CAPÍTULO 2 EL CHARRO NEGRO

En un rincón olvidado del pueblo de Tacuba, en la capital de México; donde los caminos de tierra serpenteaban entre casuchas y nopales, vivía don Pedro, un hacendado conocido por su astucia en los negocios y su insaciable sed de riqueza. A sus cuarenta años, había transformado su modesta parcela en una hacienda envidiada por muchos, con tierras que se extendían hasta donde alcanzaba la vista y un establo lleno de los mejores caballos de la región. Pero su corazón nunca estaba satisfecho. Cada peso que ganaba parecía desvanecerse en su afán por tener: más tierras, más ganado, más respeto. Los rumores en el pueblo decían que Isidro no solo era ambicioso, sino que estaba dispuesto a cualquier cosa por alcanzar la grandeza.

Era una tarde de octubre de 1840, cuando el cielo se teñía de un naranja profundo y las sombras de los árboles se alargaban como dedos huesudos. Pedro regresaba del mercado «El Parián», ubicado en la plaza mayor, hoy «El Zócalo», donde había cerrado un trato que le dejó las alforjas llenas de monedas. Cabalgaba solo por un sendero polvoriento, al tiempo que silbaba una melodía ranchera, mientras su caballo, un alazán fuerte llamado Relámpago, avanzaba con paso firme. El aire olía a tierra húmeda, y una brisa fría anunciaba la llegada de la noche. El hacendado, confiado, no prestó atención a las advertencias de los ancianos del pueblo, quienes contaban historias sobre el Charro Negro, un espectro que acechaba a los codiciosos en los caminos solitarios. «Cuentos de ancianos» pensó, ajustándose el sombrero. Él no creía en fantasmas ni en demonios; solo creía en el peso del oro en sus manos.

A medida que el sol se hundía tras los cerros, el silencio del camino se volvió pesado. Los grillos dejaron de cantar, y el viento pareció contener el aliento. Relámpago relinchó inquieto, sus orejas moviéndose como si detectaran algo que Pedro no podía

ver. Fue entonces cuando lo escuchó: un galope lejano, rítmico, como si otro jinete se acercara. De inmediato detuvo su caballo y giró la cabeza, al tiempo que escudriñaba el horizonte. No había nadie. Pero el sonido se intensificó, y con él, una sombra comenzó a dibujarse en la penumbra. Era un hombre a caballo, vestido de negro de pies a cabeza, con un sombrero de ala ancha que ocultaba de manera parcial su rostro. Sus botas brillaban con espuelas de plata, y el caballo que montaba tenía los ojos encendidos como brasas.

—¿Quién anda ahí? —gritó Pedro, con una mezcla de curiosidad y desafío.

El jinete no respondió. En cambio, detuvo su caballo a pocos metros y levantó la mirada. Sus ojos eran oscuros, profundos, como pozos sin fondo. El hacendado sintió un escalofrío, aunque su orgullo lo mantuvo firme.

—¿Qué quieres, amigo? —preguntó, con un tono que pretendía ser amistoso, pero dejaba traslucir su desconfianza.

El Charro Negro sonrió, una sonrisa que no transmitía calor, sino un frío que calaba los huesos.

—Solo vengo a ofrecerte lo que más deseas, Pedro —dijo con una voz grave, resonante, que parecía venir de todas partes y de ninguna.

El hacendado frunció el ceño. ¿Cómo sabía su nombre? Pero antes que pudiera preguntar, el Charro Negro extendió una mano enguantada y señaló las alforjas de Relámpago.

—Veo que el oro te gusta, aunque no es suficiente, ¿verdad? Nunca lo es. Puedo darte más, mucho más. Riquezas que harían palidecer a los hacendados más ricos de México.

Pedro rio, no obstante, su risa sonó hueca.

—¿Y qué pides a cambio, desconocido? Nadie da nada gratis.

El Charro Negro inclinó la cabeza, como si evaluara a su presa.

—Solo un pequeño precio —respondió—. ¡Tu alma!

El hacendado sintió que el aire se volvía más denso, como si el mundo entero se hubiera detenido. Las palabras del Charro Negro resonaron en su mente, aunque en lugar de miedo, una chispa de ambición se encendió en su pecho. Había oído historias sobre tratos con el diablo, pero también había oído que los hombres astutos podían burlarlo. Y él, don Pedro, era el más astuto de todos. Si este espectro quería jugar, él estaba dispuesto a ganar.

—¿Mi alma? —dijo, mientras fingía despreocupación—. Eso es mucho pedir por unas monedas. Muéstrame primero qué ofreces.

El Charro Negro no se inmutó. Con un movimiento lento, sacó una bolsa de cuero negro de su montura y la abrió. De su interior brotó un resplandor dorado, como si contuviera el sol mismo. Monedas, joyas, lingotes: un tesoro que superaba todo lo que Pedro había imaginado. Sus ojos se abrieron de par en par, y por un momento olvidó el peligro. Solo podía pensar en las tierras que compraría, la fortuna que ostentaría, el poder que tendría.

—Todo esto puede ser tuyo —dijo el Charro Negro—. Solo debes aceptar mi oferta. Una vida de riqueza, y cuando llegue tu hora, vendré por ti. No antes.

Pedro dudó. Sabía que aceptar era arriesgarse a un destino incierto, pero la codicia hablaba más fuerte que la prudencia. Recordó las noches en que soñaba con ser el hombre más poderoso de Tacuba, con un palacio que rivalizara con los de los virreyes. Miró al Charro Negro, luego al tesoro, y por fin asintió.

—Está bien —dijo, con voz firme—. Acepto.

El Charro Negro rio, un sonido que hizo temblar la tierra bajo los cascos de Relámpago.

—Hecho está —declaró, y lanzó la bolsa a los pies de Pedro. Luego, sin decir más, espoleó su caballo y desapareció en la oscuridad, mientras dejaba tras de sí un eco de cascos y un olor a azufre.

El hacendado recogió la bolsa, tembloroso de emoción. Al abrirla, comprobó que el tesoro era real: monedas de oro puro, gemas que brillaban como estrellas. Regresó a su hacienda esa noche, sintiéndose invencible. Durante los meses siguientes, su riqueza creció de manera exponencial. Compró más tierras, construyó una mansión de piedra, y su nombre se convirtió en sinónimo de poder. Los campesinos lo miraban con temor y admiración, y los hacendados lo invitaban a sus fiestas, aunque murmuraban a sus espaldas sobre su fortuna «maldita».

No obstante, con el tiempo, la felicidad de Pedro se desvaneció. Las noches se llenaban de pesadillas en las que el Charro Negro lo perseguía, montado en su caballo infernal. Despertaba sudado, con el eco de una risa demoníaca en los oídos. Sus amigos lo evitaban, sus criados susurraban sobre sombras que veían en la hacienda, y hasta Relámpago parecía inquieto, como si presintiera un peligro invisible. Después comenzó a beber para ahogar el miedo, pero nada podía borrar la certeza que su deuda con el Charro Negro seguía pendiente.

Un año después del encuentro, decidió que no podía vivir así. Recordó las historias del pueblo: el Charro Negro podía ser engañado si uno era lo bastante listo. Mandó construir una capilla en su hacienda, llenó su casa de cruces y escapularios, y contrató a un sacerdote para bendecir cada rincón. Pero el miedo no lo abandonaba. Cada noche, al cerrar los ojos, sentía que el Charro Negro estaba más cerca.

Una noche, incapaz de soportar la presión, tomó una decisión desesperada: huiría. Empacó una pequeña bolsa con algunas monedas de su tesoro maldito, ensilló a Relámpago y partió al amparo de la oscuridad, rumbo a un pueblo lejano donde nadie conociera su nombre. Cabalgó por horas, a la vez que volteaba de manera constante por encima del hombro, con el miedo de ver los ojos oscuros y profundos del Charro Negro. El camino era estrecho, flanqueado por matorrales y sombras que parecían moverse. Su corazón latía con fuerza, y Relámpago resoplaba, nervioso.

De pronto, el galope de otro caballo rompió el silencio. Pedro detuvo a Relámpago y escuchó. El sonido venía de atrás, cada vez más cerca. Giró la cabeza y lo vio: el Charro Negro, montado en su corcel infernal, con una sonrisa que prometía desgracia.

—No puedes huir, Pedro —dijo el espectro, con su voz que resonaba como un trueno—. La deuda debe pagarse.

El hacendado espoleó a Relámpago, desesperado por escapar. El caballo galopó con todas sus fuerzas, al tiempo que levantaba nubes de polvo, pero el Charro Negro lo seguía sin esfuerzo, como si el tiempo y el espacio no tuvieran poder sobre él. Los ojos ardientes del caballo espectral parecían perforar la noche, y la risa del Charro resonaba en los oídos de Pedro, mezclándose con el latido de su propio corazón.

—¡Quiero deshacer el trato! —gritó Pedro, su voz quebrada por el terror—. ¡Déjame en paz!

—¿Deshacer el trato? —respondió el Charro Negro, acercándose hasta estar casi al lado de Pedro—. Pediste riqueza y te la di a manos llenas, ahora intentas huir para no cumplir tu parte.

El hacendado, en un acto de desesperación, arrojó la bolsa de monedas al suelo, con la esperanza que el Charro Negro se detuviera a recogerla. Sin embargo, el espectro ni siquiera la miró.

En cambio, extendió una mano huesuda, y Relámpago, aterrorizado, se encabritó, al tiempo que arrojaba al suelo a Pedro. Lo que hizo que rodara por la tierra, magullado, mientras el Charro Negro desmontaba y se acercaba poco a poco.

—Hay una forma de salvarte —dijo el Charro, su voz ahora suave, casi persuasiva—. Encuentra a alguien que tome tu lugar. Ofrécele el tesoro, y si acepta, serás libre.

El hacendado, jadeante, se arrastró hacia atrás, mientras buscaba a tientas su escapulario. Pero el Charro Negro rió.

—Las cruces no me detienen. Solo tu valor puede hacerlo.

En ese momento, Pedro recordó a un joven pastor, Juan, que trabajaba en sus tierras. Era un muchacho humilde, pero con ojos llenos de ambición, siempre soñaba con una vida mejor. Si alguien podía ser tentado por el tesoro, era él. El hacendado, tembloroso, asintió.

—Llévame con Juan —suplicó—. Él tomará el tesoro.

El Charro Negro inclinó la cabeza, como si aceptara el trato, y con un chasquido de sus dedos, la noche se desvaneció. Pedro se encontró de vuelta en su hacienda, en la puerta de la choza donde vivía Juan. Era medianoche, y el joven pastor estaba sentado afuera, con la vista fija en las estrellas. El hacendado, con la bolsa de monedas en la mano, se acercó, su rostro pálido y sus manos temblorosas.

—Juan, muchacho —dijo, a la vez que se acercaba con una sonrisa hipócrita—. Tengo algo para ti. Una fortuna que cambiará tu vida.

Juan lo miró, sorprendido, a la vez que sus ojos brillaron al ver la bolsa. Pedro le habló del tesoro, de las riquezas infinitas, sin embargo, omitió mencionar el precio. El joven, deslumbrado, extendió la mano para tomar la bolsa, pero en ese momento, una ráfaga de viento helado recorrió el lugar. El Charro Negro apareció

detrás del hacendado, su figura imponente recortada contra la luna.

—Dile la verdad —ordenó el espectro.

El hacendado, atrapado, confesó con voz entrecortada el trato con el diablo y el destino que aguardaba a quien aceptara el tesoro. Juan palideció y retrocedió, al tiempo que dejaba caer la bolsa al suelo.

—No quiero tu oro maldito —dijo, y corrió hacia su choza, a la vez que cerraba la puerta tras de sí.

El Charro Negro miró a Pedro con desprecio.

—Cobarde y traidor —dijo—. No hay escapatoria para ti.

Antes que el hacendado pudiera gritar, el Charro Negro lo tomó por el brazo. Su toque era como hielo y fuego al mismo tiempo. Relámpago, maldito junto con su amo, relinchó de terror mientras su cuerpo comenzaba a desvanecerse, al tiempo que dejaba solo un esqueleto envuelto en un traje de charro. El Charro Negro montó su caballo y, con Pedro a rastras, desapareció en la noche, mientras dejaba atrás solo el eco de un galope y una bolsa de monedas que brillaba bajo la luna.

A la mañana siguiente, los campesinos encontraron la hacienda de Pedro desierta. Las monedas seguían en el camino, pero nadie se atrevió a tocarlas. Con el tiempo, la historia de don Pedro se convirtió en una advertencia más en el pueblo, un recordatorio que la codicia puede llevar a un encuentro fatal con el Charro Negro. Y en las noches sin luna, algunos dicen que aún se escucha el galope de un caballo y la risa de un espectro que busca su próxima víctima.



CAPÍTULO 3 EL MAL DE OJO

En el pequeño pueblo de San Ángel, en la ciudad de México; donde las casas de adobe se alzaban entre llanos polvorientos y el sol quemaba la tierra hasta agrietarla, vivía Juanita, una joven de veintitrés años conocida por su belleza y su bondad. Sus ojos color avellana brillaban con una chispa que parecía atraer tanto la admiración como el recelo de los vecinos. Era la hija menor de doña Alfonsina, una curandera respetada que, con hierbas, oraciones y un huevo fresco, había sanado a muchos del mal de ojo y otras aflicciones. Sin embargo, la joven nunca había creído del todo en esas historias. «Son cosas de abuelas», decía con una sonrisa, mientras ayudaba a su madre a preparar los remedios.

Era un caluroso 15 de julio de 1925, y el pueblo se preparaba para la feria de las flores. Este evento, que rendía homenaje a la Virgen del Carmen desde 1857. Reunía a todos en la plaza con música, comida y danzas. Juanita, con un vestido blanco que resaltaba su figura esbelta, era el centro de las miradas. Las mujeres murmuraban sobre su soltura al bailar, los hombres sobre su risa que resonaba como campanas. Sin embargo, entre la multitud, una figura permanecía en las sombras, al borde de la plaza, bajo un mezquite seco. Era don Felipe, un anciano huraño, de ojos hundidos y mirada penetrante, conocido por su carácter agrio y por no hablar con nadie desde que su esposa murió años atrás. Nadie sabía con certeza qué hacía allí, pero su presencia siempre traía un escalofrío.

Esa noche, mientras Juanita bailaba bajo las luces de colores, sintió un peso extraño en el pecho. Sus movimientos se volvieron torpes, y un sudor frío le recorrió la espalda. «Es el calor», pensó, y se apartó para descansar. Aunque al pasar junto al mezquite, notó los ojos de don Felipe fijos en ella, como dos brasas en la oscuridad. No había envidia en esa mirada, ni

admiración, sino algo más profundo, algo que parecía perforar su alma. La joven tropezó, y una vecina la sostuvo.

—Ten cuidado, niña —dijo la mujer, a la vez que miraba con recelo hacia el anciano—. Esos ojos no traen nada bueno.

Los días siguientes, Juanita comenzó a sentirse mal. Al principio, eran dolores de cabeza leves y una fatiga que atribuía al ajeteo de la fiesta. Pero pronto, los síntomas se intensificaron. Se despertaba por las noches con pesadillas de una figura sin rostro que la observaba desde la ventana. Su apetito desapareció, y su piel, antes radiante, se volvió pálida como la cera. doña Alfonsina, preocupada, intentó diagnosticarla. Tomó un huevo fresco, lo pasó por el cuerpo de su hija mientras musitaba oraciones, y luego lo rompió en un vaso con agua. La yema formó un ojo turbio que flotaba en el centro, rodeado de burbujas.

—Es el mal de ojo —sentenció doña Alfonsina, con la voz temblorosa—. Y es fuerte, hija. Muy fuerte.

Juanita, incrédula, se burló en voz baja.

—Mamá, eso no existe. Es solo cansancio.

Sin embargo, no podía ignorar el miedo que crecía en su interior. Las pesadillas se volvieron más vívidas, y en cada una, los ojos de don Felipe aparecían, brillantes en la penumbra, siguiéndola incluso en sus sueños. Una noche, despertó con un grito, convencida que alguien estaba en su habitación. Encendió la vela, pero no había nadie. Solo el espejo frente a su cama que reflejaba su rostro demacrado, y por un instante, juró que vio un destello rojo en sus propios ojos.

El pueblo comenzó a murmurar. Algunos decían que Juanita había sido demasiado vanidosa, que su belleza había atraído la envidia. Otros señalaban a don Felipe, al recordar historias antiguas sobre su familia, que descendía de brujos que podían maldecir con una sola mirada. Alfonsina, desesperada, intentó todos los remedios que conocía: baños de ruda, sahumeros de

copal, oraciones a la Virgen. Pero nada funcionaba. La joven se debilitaba cada día, apenas podía levantarse de la cama, y su voz se había reducido a un susurro. Lo peor eran las visiones: sombras que se movían en las esquinas, susurros que parecían venir del interior de las paredes, y siempre, la sensación de ser observada.

Una tarde, doña Alfonsina decidió enfrentar a don Felipe. Lo encontró en su choza al borde del pueblo, rodeado de frascos polvorientos y velas gastadas. El anciano no levantó la vista cuando ella entró.

—¿Qué le hiciste a mi hija? —exigió doña Alfonsina.

Don Felipe soltó una risa seca, como el crujir de hojas muertas.

—Yo no hice nada, curandera. Los ojos solo ven lo que el corazón guarda —su respuesta, misteriosa y cargada de veneno, dejó a doña Alfonsina temblorosa.

Al salir, notó un amuleto colgado en la puerta: un pequeño ojo de vidrio, idéntico al nazar que algunos usaban para protegerse, pero este parecía absorber la luz en lugar de reflejarla.

Esa noche, Juanita empeoró. Gritaba que los ojos estaban en todas partes, que la seguían, que no podía escapar. doña Alfonsina, al borde del llanto, llamó a don Miguelito, un viejo curandero de un pueblo vecino, conocido por enfrentar males que otros no se atrevían a tocar. El anciano llegó al amanecer, con un rostro grave y un morral lleno de hierbas y objetos rituales. Examinó a la joven, que yacía inmóvil, con los ojos abiertos, aunque vacíos.

—No es un mal de ojo común —dijo—. Esto es algo antiguo, algo que no debería estar aquí. Alguien ha despertado un poder que no controla.

El curandero explicó que el mal que aquejaba a Juanita no era solo una mirada cargada de envidia, sino una maldición deliberada, un ritual que usaba los ojos como puente para algo más oscuro. Pidió a doña Alfonsina que lo acompañara a la choza de don Felipe, pero esta vez con un plan. Llevaron sal, un puñado de tierra del cementerio, y una cruz bendita que había pertenecido a la bisabuela de la joven. En el camino, don Miguelito reveló una historia que pocos conocían: don Felipe, en su juventud, había jurado vengarse del pueblo tras la muerte de su esposa, a quien acusaron de brujería y dejaron morir sin ayuda. Desde entonces, se decía que había aprendido artes prohibidas, pactos con entidades que no debían nombrarse.

Llegaron a la choza al anochecer. El aire estaba cargado, como si una tormenta se aproximara, aunque el cielo estaba despejado. don Felipe los esperaba en la puerta, con una sonrisa torcida.

—Sabía que vendrían —dijo, y sus ojos brillaron con un destello inhumano.

Don Miguelito no se inmutó. Esparció la sal en un círculo alrededor de la choza y comenzó a recitar oraciones en una lengua que doña Alfonsina no reconoció. El anciano gritó, un sonido que no parecía humano, y el amuleto en la puerta se quebró, al tiempo que soltaba un humo negro que olía a azufre.

Dentro de la choza, encontraron un altar improvisado: velas negras, plumas de cuervo, y un espejo con un marco tallado con símbolos extraños. En el centro, un frasco con un líquido oscuro que parecía moverse por sí solo. don Miguelito lo rompió con la cruz, y un chillido resonó, lo que hizo temblar las paredes. don Felipe cayó al suelo, convulsionándose, mientras sus ojos se volvían negros en su totalidad.

—No es él —murmuró don Miguelito—. Algo lo usa.

Regresaron a casa de doña Alfonsina con el espejo y los restos del frasco. Don Miguelito realizó un ritual final, a la vez que quemaba el espejo y rociaba a Juanita con agua bendita, además de tierra del cementerio. Mientras que ella se quedaba inmóvil, tiempo después comenzó a temblar y a gritar, como si algo dentro de ella luchara por salir. Al final, vomitó una sustancia negra y viscosa que se evaporó al tocar el suelo. Sus ojos recuperaron su brillo, y aunque estaba débil, logró hablar por primera vez en días.

Don Felipe fue encontrado muerto al amanecer, con una expresión de terror congelada en el rostro. Nadie supo con exactitud qué pasó, pero el pueblo nunca volvió a ser el mismo. Juanita se recuperó poco a poco, sin embargo, nunca olvidó la sensación de aquellos ojos siguiéndola. Doña Alfonsina colgó un nazar en la entrada de su casa, y aunque su hija seguía sin creer del todo en el mal de ojo, nunca volvió a reírse de las historias de su madre.

El pueblo, por su parte, comenzó a evitar la choza de don Felipe, que se derrumbó con el tiempo, como si la tierra misma quisiera borrarla. No obstante, en las noches sin luna, algunos juraban ver un destello rojo entre las ruinas, como si algo aún observara y estuviera al acecho.



CAPÍTULO 4 LA PLANCHADA

En el corazón de la Ciudad de México, el Hospital de Jesús se erguía como un coloso de concreto, siendo el hospital más antiguo en América, sus paredes cargadas de historias, algunas luminosas y otras envueltas en sombras. Era un lugar donde la vida y la muerte se entrelazaban todos los días, y donde los rumores sobre presencias sobrenaturales circulaban entre los pasillos como un susurro persistente. Entre estos relatos, la leyenda de La Planchada era la más conocida. Los pacientes hablaban de una enfermera fantasmal con un uniforme blanco impecable, que aparecía en las noches más oscuras para cuidar a los enfermos o castigar a quienes descuidaban su deber.

En el turno de noche trabajaba Ernestina Hernández, una enfermera de unos treinta años, de rostro endurecido y mirada cortante. Ella había llegado al hospital dos años atrás, con un currículum impecable y recomendaciones que alababan su eficiencia. Sin embargo, tras los primeros meses, su verdadera naturaleza comenzó a revelarse. Ella era impaciente, autoritaria y, en ocasiones, cruel. Para ella, los pacientes no eran personas, sino números en una lista interminable de tareas. Los trataba con desdén, ignoraba sus quejas de dolor, burlándose de sus temores y administraba medicamentos con una frialdad que helaba el alma. Los pasillos del tercer piso, donde trabajaba, se habían convertido en un lugar temido por pacientes y colegas por igual.

Una noche de octubre, mientras una lluvia torrencial golpeaba las ventanas del hospital, Ernestina recorría el pasillo con su carrito de medicamentos. Los fluorescentes parpadeaban, al tiempo que proyectaban sombras largas que parecían moverse por su cuenta. En la habitación 312, don Manuelito, un anciano con una fractura de cadera, gemía de manera débil. Había pedido agua durante horas, pero ella lo ignoró.

—No tengo tiempo para sus caprichos, viejo —murmuró mientras marcaba su expediente con un gesto de fastidio.

En la habitación contigua, una joven madre, Ana, cuidaba de su hijo pequeño, internado por una infección pulmonar. Ana había notado la indiferencia de Ernestina y, aunque temía enfrentarla, su desesperación la llevó a hablar.

—Señorita, por favor, mi hijo arde en fiebre. ¿Puede revisarlo? —suplicó Ana, con los ojos llenos de lágrimas.

Ernestina la miró con desprecio.

—Ya le di su medicina. Deje de molestar o la saco de aquí. —Su voz era un látigo, y Ana retrocedió, a la vez que abrazaba a su hijo con impotencia.

Esa noche, el hospital parecía más silencioso de lo habitual, como si contuviera el aliento. Los rumores sobre La Planchada, que Ernestina siempre había descartado como cuentos de viejas chismosas, flotaban en el aire. Algunos pacientes aseguraban haber sentido una presencia reconfortante en sus peores momentos, mientras que otros juraban haber visto una figura de blanco moviéndose en las sombras, con un uniforme tan impecable que parecía brillar. Pero ella no creía en fantasmas, y el hospital era solo un trabajo, un lugar donde podía ejercer su poder sin rendir cuentas.

La semana siguiente, los incidentes en el tercer piso comenzaron a intensificarse. don Manuelito, el anciano de la habitación 312, empeoró de manera rápida. Su familia denunció que no había recibido la atención adecuada, y los médicos descubrieron que Ernestina había omitido varias dosis de sus analgésicos. La supervisora del turno, la doctora Vega, la reprendió, pero ella se limitó a encogerse de hombros.

—Hay demasiados pacientes. No puedo estar en todo. —Se excusó con una sonrisa cínica.

Sin embargo, algo cambió esa noche. Mientras Ernestina hacía su ronda, una corriente de aire frío recorrió el pasillo, al tiempo que las luces se apagaban en forma momentánea. Al encenderse de nuevo, sintió un escalofrío. Frente a ella, al final del corredor, vio una figura borrosa: una mujer de blanco, con un uniforme planchado de manera perfecta, moviéndose poco a poco hacia la habitación 312. Pero ella parpadeó, convencida que era un truco de su imaginación.

—Demasiado café —murmuró, al tiempo que sacudía la cabeza.

No obstante, los eventos extraños no terminaron ahí. En los días siguientes, los pacientes comenzaron a hablar de una enfermera misteriosa que los visitaba en la madrugada. don Manuelito, que había estado al borde de la muerte, despertó una mañana lúcido y tranquilo, aseguraba que una mujer de blanco le había dado agua y ajustado sus almohadas con una gentileza que lo hizo llorar. Ana, la joven madre, contó que alguien había revisado a su hijo en la noche, administrándole un medicamento que estabilizó su fiebre. Cuando agradeció a Ernestina, esta la miró con confusión.

—Yo no estuve aquí anoche —respondió sorprendida.

Ernestina comenzó a sentirse observada. En los pasillos, los espejos parecían reflejar una sombra que no era la suya. Los expedientes que dejaba ordenados aparecían revueltos, con notas garabateadas en una caligrafía que no reconocía: «Cuida a los enfermos». Sus colegas notaron su nerviosismo, pero ella lo negaba todo, aferrándose a su orgullo.

—Son cuentos de gente ignorante —decía, aunque su voz temblaba de manera ligera.

Una noche, mientras Ernestina revisaba el inventario en el almacén de medicamentos, las luces parpadearon otra vez. El aire se volvió denso, y un susurro apenas audible llenó la habitación.

—¿Por qué los maltratas? —Ernestina dio un salto, al tiempo que dejaba caer una caja de jeringas. Giró sobre sus talones, pero no había nadie. Su corazón latía con fuerza, y por primera vez, sintió miedo. Decidió ignorarla y continuó su turno, aunque la sensación de ser vigilada no la abandonó.

Al día siguiente, un incidente grave sacudió el hospital. Una paciente en la habitación 315, una anciana con diabetes, entró en coma tras recibir una dosis incorrecta de insulina. Las sospechas recayeron sobre Ernestina, quien había estado a cargo de su medicación. La doctora Vega la confrontó en la sala de juntas, rodeada de colegas.

—Esto es inaceptable, Ernestina. Tu negligencia pone en peligro vidas.

Ernestina, furiosa, negó cualquier error.

—¡No fui yo! ¡Alguien debió alterar las dosis! —gritó, pero nadie le creyó.

La verdad era que Ernestina, en su descuido, había administrado la insulina sin verificar el expediente.

Esa noche, decidió quedarse hasta tarde para revisar los expedientes y cubrir sus errores. El hospital estaba casi desierto, y el silencio era opresivo. Mientras escribía en su escritorio, las luces del pasillo comenzaron a parpadear. Un frío glacial envolvió la habitación, y el sonido de pasos suaves resonó en el corredor. Ernestina levantó la mirada, con el corazón en la garganta. Frente a la puerta de la oficina, vio a la figura de blanco: una mujer alta, con el rostro oculto de manera parcial por una melena oscura, y un uniforme tan impecable que parecía irreal. La Planchada.

—¿Quién eres? —gritó Ernestina, levantándose de un salto.

La figura no respondió, pero sus ojos, oscuros y profundos, la atravesaron como cuchillos. Ernestina sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. La figura señaló los expedientes sobre

el escritorio y susurró, con una voz que parecía venir de todas partes.

—No más sufrimiento. —Luego, desapareció.

Ernestina corrió hacia el pasillo, pero no había nadie. Su respiración era agitada, y sus manos temblaban. Decidió que era hora de irse, aunque al llegar al estacionamiento, encontró su auto cubierto de arañosos que formaban las palabras: «Cuida a los enfermos». Aterrada, regresó al hospital, decidida a enfrentarse a lo que fuera que la perseguía.

La noche siguiente, Ernestina estaba al borde del colapso. No había dormido, y los rumores sobre su negligencia se habían extendido por el hospital. Los pacientes la evitaban, y sus colegas la miraban con desconfianza. Decidió hacer su ronda lo más rápido posible y marcharse, pero el hospital parecía conspirar contra ella. Las puertas se cerraban solas, los monitores emitían pitidos sin razón, y los espejos reflejaban una figura de blanco que siempre estaba un paso detrás de ella.

En la habitación 312, don Manuelito la miró con lástima.

—Ten cuidado, muchacha —dijo con voz débil—. Ella no perdona a los que hacen daño.

Ernestina lo ignoró, pero sus palabras se clavaron en su mente. Al llegar a la habitación 315, donde la anciana seguía en coma, sintió una presencia abrumadora. Las luces se apagaron, y el aire se volvió tan frío que su aliento formaba nubes. Frente a la cama de la paciente, La Planchada apareció de nuevo, esta vez con el rostro claro: era una mujer de unos cuarenta años, con una expresión de tristeza infinita.

—¿Por qué los haces sufrir? —preguntó la figura, su voz resonaba como un eco.

Ernestina retrocedió, a la vez que tropezaba con una silla.

—¡No hice nada! ¡No es mi culpa! —gritó, pero La Planchada avanzó hacia ella, a la vez que extendía su mano pálida.

—Tú elegiste el sufrimiento. Ahora enfrentarás las consecuencias.

Intentó correr, pero las puertas de la habitación se cerraron con un golpe seco. Las luces parpadearon en forma violenta, y los monitores comenzaron a emitir un zumbido ensordecedor. La figura de La Planchada se alzó, y su uniforme blanco brilló con una luz cegadora. Ernestina cayó de rodillas, a la vez que suplicaba.

—¡Lo siento! ¡Cambiaré, lo juro! —Pero la figura no se detuvo. Un viento helado la envolvió, y sintió que algo tiraba de su alma, como si quisiera arrancarla de su cuerpo.

De repente, todo se detuvo. Las luces volvieron a encenderse, y la habitación estaba vacía. Ernestina, temblorosa, se levantó y corrió hacia la salida, pero al pasar por un espejo, vio algo que la paralizó: su reflejo no era el suyo. Era el rostro de La Planchada, mirándola con desprecio. Empezó a gritar y salió aprisa del hospital, al tiempo que juraba no volver nunca.

Días después, Ernestina renunció al Hospital de Jesús. Los rumores decían que había cambiado, que trabajaba como voluntaria en un asilo al cuidado de ancianos con una dedicación que nadie la reconocería. Algunos decían que La Planchada la había perdonado, dándole una segunda oportunidad. Otros, sin embargo, aseguraban que el espíritu de la enfermera seguía vigilándola, asegurándose que nunca olvidara su lección.

En el hospital, los pacientes no dejaban de hablar de La Planchada. Don Manuelito se recuperó de forma milagrosa, y el hijo de Ana, fue dado de alta. Las noches en el tercer piso volvieron a ser tranquilas, aunque todos sabían que, en algún rincón del hospital, La Planchada observaba, con su uniforme

impecable, lista para proteger a los enfermos y castigar a quienes los maltrataran.



CAPÍTULO 5 EL NAHUAL

En el alma de un poblado donde la tierra se extiende como un lienzo bajo el cielo infinito, y los magueyes susurran historias al sol ardiente, se encontraba el pueblo de Azcapotzalco. Era un lugar donde el tiempo parecía detenerse, con calles de tierra, casas de adobe y un cielo nocturno tan claro que las estrellas parecían al alcance de la mano. Sin embargo, bajo esa aparente calma, los habitantes vivían con un temor que nunca pronunciaban en voz alta: el nahuatl.

En las noches sin luna, cuando la oscuridad era tan densa que parecía tragarse hasta el sonido, los rumores corrían como ríos subterráneos. Hablaban de una figura que merodeaba por los senderos, una sombra que no era humana ni animal, sino algo intermedio. Los ancianos contaban historias de una mujer, una bruja conocida como doña Lucha, que había hecho un pacto con las fuerzas de la noche. Decían que su risa, aguda como el chillido de una lechuza, resonaba en los montes antes que alguien desapareciera sin dejar rastro. Nadie sabía quién era en realidad, no obstante, todos temían cruzarse con ella.

En el centro del pueblo vivía Jacinta, una joven de veinticinco años con ojos oscuros y una curiosidad que inquietaba a su abuela, doña Lucrecia. La joven era conocida por su valentía, pero también por su imprudencia. Mientras otros evitaban los caminos solitarios al anochecer, ella se aventuraba a recolectar hierbas en el bosque, convencida que las historias del nahuatl eran solo cuentos para asustar a los niños. Sin embargo, su abuela, una curandera respetada, le advertía una y otra vez:

—No desafíes a la noche, jovencita. Hay cosas que no entiendes, cosas que no deben ser provocadas.

Una noche, mientras el viento ululaba entre los árboles, Jacinta decidió ignorar las advertencias. Había oído que, en el

claro del bosque, cerca de la cueva de los murciélagos, crecía una planta rara, la hoja de luna, cuya savia podía curar fiebres que ninguna otra medicina lograba. Con una canasta en la mano y un quinqué que apenas iluminaba sus pasos, se adentró en el bosque. El aire estaba cargado de un olor a tierra húmeda y algo más, un aroma metálico que no pudo identificar.

Mientras avanzaba, un aullido lejano rompió el silencio, seguido de un crujido cercano. La joven se detuvo, su corazón latía con fuerza.

—Solo es un animal —se dijo, mientras sostenía el quinqué.

Pero entonces, desde la penumbra, dos ojos rojos brillaron entre los arbustos, fijos en ella. No eran los ojos de un coyote ni de un perro. Eran demasiado grandes, demasiado humanos. Jacinta dio un paso atrás, aunque el suelo bajo sus pies pareció moverse, y antes que pudiera reaccionar, una risa aguda y escalofriante resonó a su alrededor.

Era doña Lucha, la bruja, la nahual.

La joven corrió, sus pies tropezaban con raíces y piedras. La risa de la bruja parecía venir de todas partes, como si el bosque entero conspirara contra ella. El quinqué se le cayó en su huida, y la oscuridad la envolvió como un manto. No sabía cuánto tiempo había corrido cuando, exhausta, llegó al claro del bosque. La cueva de los murciélagos estaba frente a ella, una boca negra que parecía engullir la luz de las estrellas. No había rastro de la hoja de luna, pero tampoco de los ojos rojizos. Jadeante, se apoyó contra un árbol, al tiempo que intentaba calmar su respiración.

Entonces, una voz suave y melódica rompió el silencio.

—¿Buscas algo, pequeña?

Jacinta giró la cabeza y allí, a pocos pasos, estaba una mujer. Era alta, con el cabello negro que caía en cascada sobre sus hombros y una sonrisa que no alcanzaba sus ojos. Llevaba

un vestido blanco que parecía brillar bajo la luz de las estrellas, y en sus manos sostenía un ramo de hierbas que la joven no reconoció.

—¿Quién eres? —preguntó Jacinta, su voz temblorosa pero firme.

La mujer inclinó la cabeza, como si evaluara a una presa.

—Me llaman Lucha, y la noche es mi hogar. ¿Y tú, qué haces tan lejos del pueblo, desafías lo que no comprendes?

La joven sintió un escalofrío. Había oído ese nombre antes, susurrado con miedo en las historias de su abuela. Intentó retroceder, pero sus piernas no respondían. La mujer dio un paso hacia ella, y su figura pareció difuminarse por un instante, como si la realidad misma se doblara a su alrededor.

—No tengas miedo —dijo doña Lucha, su voz ahora más grave, casi un gruñido. Solo quiero ayudarte a encontrar lo que buscas.

Antes que Jacinta pudiera responder, la mujer extendió una mano, y un viento helado recorrió el claro. Los ojos de Doña Lucha brillaron con un fulgor rojizo, y su cuerpo comenzó a cambiar. Sus manos se alargaron, sus uñas se curvaron en garras, y su rostro se transformó en algo que no era ni humano ni animal. Un pelaje oscuro cubrió su piel, y en pocos segundos, una fiera grotesca, negra, imponente y silenciosa, estaba frente a la joven.

El nahual.

La joven gritó y corrió hacia la cueva, el único refugio que veía. El interior estaba húmedo y olía a moho, pero no había tiempo para dudar. Se adentró en la oscuridad, al tiempo que escuchaba los pasos de la fiera detrás de ella. Las paredes de la cueva parecían cerrarse a su alrededor, y el eco de su propia respiración se mezclaba con el gruñido del nahual. Entonces, tropezó con algo blando y cayó al suelo. Al alzar la vista, vio un

montón de huesos, algunos humanos, otros de animales, esparcidos en el suelo.

La fiera entró en la cueva, sus ojos brillaban en la penumbra. Pero en lugar de atacarla, se detuvo y volvió a transformarse en Doña Lucha. La bruja se acercó poco a poco, su sonrisa ahora más cruel.

—Eres valiente, Jacinta —dijo—. Pero la valentía no basta contra la noche. Dime, ¿por qué estás aquí? ¿Qué buscas en realidad?

La joven, temblando, aunque decidida, respondió:

—Busco la hoja de luna para salvar a mi hermano. Está enfermo, y nadie sabe cómo curarlo.

La bruja ladeó la cabeza, como si la respuesta la intrigara.

—¿Arriesgarías tu vida por él? Qué noble. Pero todo tiene un precio. Si quieres la hoja de luna, debes darme algo a cambio.

—¿Qué quieres? —preguntó Jacinta, aunque temía la respuesta.

—Tú espíritu —respondió Doña Lucha, su voz ahora un susurro venenoso—. Únete a mí. Conviértete en nahual. Juntas, seremos invencibles, y tu hermano vivirá.

La joven sintió un nudo en el estómago. Sabía que aceptar significaría perderse a sí misma, convertirse en algo que no podía controlar. Pero la imagen de su hermano, pálido y débil en su cama, la atormentaba.

—No —dijo al fin, su voz firme—. No me convertiré en un monstruo.

La sonrisa de Doña Lucha se desvaneció.

—Entonces, morirás —gruñó, y su cuerpo comenzó a transformarse otra vez.

Pero esta vez, Jacinta no corrió. Recordó las palabras de su abuela: «El nahual teme a la luz, porque la luz revela su verdadera forma».

Buscó en su bolsa y encontró un pequeño espejo que siempre llevaba consigo, un regalo de Doña Lucrecia.

Cuando la fiera saltó hacia ella, la joven alzó el espejo, al tiempo que reflejaba la luz de las estrellas que entraba por la boca de la cueva. El nahual soltó un aullido de dolor y retrocedió, su cuerpo temblaba mientras volvía a ser Doña Lucha. La bruja parecía debilitada, pero no derrotada.

—Esto no termina aquí —siseó antes de desaparecer en la oscuridad.

La joven salió de la cueva al amanecer, exhausta pero viva. En el claro, encontró la hoja de luna, brillaba bajo los primeros rayos del sol. La recogió con cuidado y regresó al pueblo, donde su abuela la esperaba con una mezcla de alivio y reproche. Usaron la planta para preparar un remedio, y en pocos días, el hermano de Jacinta comenzó a recuperarse.

Sin embargo, la experiencia en el bosque cambió a la joven. Sabía que Doña Lucha seguía allí, oculta en las sombras, a la espera de otra oportunidad. Decidió aprender de su abuela los secretos de las curanderas, no solo para sanar, sino para proteger al pueblo. Los ancianos comenzaron a contar una nueva historia: la de la joven que desafió al nahual y vivió para contarlo.

Las noches en Azcapotzalco volvieron a ser tranquilas, no obstante, todos sabían que la bruja aún acechaba. Y Jacinta, con su espejo y su valentía, estaba lista para enfrentarla si regresaba.



CAPÍTULO 6 EL CALLEJÓN DEL MUERTO

En las entrañas de Oaxaca de Juárez, donde las calles empedradas susurran secretos de siglos pasados, se encuentra el callejón 2 de abril, un pasaje angosto y olvidado que se retuerce entre sombras perpetuas. En la época colonial, cuando la ciudad dormía bajo un manto de estrellas y el único resplandor provenía de los faroles de aceite, los serenos eran los guardianes de la noche. Estas figuras solitarias, armadas con una escalera y un farol, recorrían los callejones, a la vez que anunciaban las horas y el clima, su voz resonaba como un eco entre las paredes de adobe. Sin embargo, en este callejón, la noche no siempre era silenciosa. Había algo en su atmósfera, un peso invisible que hacía que los perros aullaran y los habitantes cerraran sus ventanas con premura.

Corría el año 1783, y la ciudad vivía bajo el yugo de una calma tensa. Los rumores de crímenes y apariciones se tejían entre los mercados y las iglesias, pero ningún lugar inspiraba tanto temor como aquel callejón cercano a la Basílica de la Soledad. Los más ancianos contaban que el pasaje estaba maldito, que las sombras se movían solas y que el viento llevaba lamentos que no eran humanos. Nadie se aventuraba a cruzarlo de noche, salvo los serenos, obligados por su deber a desafiar la oscuridad.

Entre ellos estaba don Hermilo, un hombre de mediana edad, de rostro curtido y mirada cansada, conocido por su valentía y su devoción. Cada noche, con su farol en la mano izquierda y su bastón en la derecha, recorría las calles de Oaxaca, su voz grave anunciaba: «¡Las diez de la noche y todo sereno!». Pero incluso él, un hombre que no temía a los ladrones ni a las tormentas, sentía un escalofrío al entrar en el callejón 2 de abril. Algo en su estrechez, en el modo en que las paredes parecían cerrarse, lo hacía apretar el farol con más fuerza.

Aquella noche, el cielo estaba cubierto por nubes negras que ocultaban la luna. El aire era denso, cargado de un olor a tierra húmeda y algo más, algo metálico que don Hermilo no podía identificar. Mientras avanzaba por el callejón, el crujido de sus botas sobre el empedrado era el único sonido, hasta que un murmullo lejano lo hizo detenerse. Era un susurro, como si alguien hablara en la distancia, pero no había nadie más en el pasaje. Sacudió la cabeza, atribuyéndolo al cansancio, y continuó su ronda, a la vez que alzaba su farol para iluminar el camino.

De pronto, un grito desgarrador rompió la quietud de la noche. Fue un alarido profundo, inhumano, que resonó en las paredes del callejón y se clavó en los corazones de quienes lo escucharon. Los perros del barrio comenzaron a aullar, un coro lúgubre que parecía presagiar la muerte. Las ventanas de las casas cercanas permanecieron cerradas; nadie se atrevió a asomarse. don Hermilo, con el corazón que latía con fuerza, levantó su farol y avanzó hacia el origen del sonido, aunque cada paso parecía más pesado que el anterior.

El callejón parecía alargarse de manera infinita, las sombras danzaban a su alrededor como si tuvieran vida propia. don Hermilo llegó al centro del pasaje, donde el aire era más frío, casi gélido, y allí lo vio: un charco oscuro en el suelo, brillaba bajo la luz trémula de su farol. Era sangre, aún fresca, que se extendía desde un bulto inmóvil contra la pared. Su respiración se detuvo al reconocer la figura: era él mismo, o al menos, parecía serlo. El hombre yacía con un puñal clavado en el pecho, su rostro pálido y sus ojos abiertos, fijos en un punto invisible.

Don Hermilo retrocedió aterrado, el farol temblaba en su mano.

—¡No puede ser! —murmuró, pero antes que pudiera procesar lo que veía, una figura emergió de la oscuridad al final del callejón. Era un hombre alto, envuelto en una capa negra, con un farol idéntico al suyo en la mano. Su rostro estaba oculto por

las sombras, mientras que su voz era grave y hueca, como si viniera de un lugar más allá de este mundo.

—Corre, Hermilo. Ve al curato. Hay un moribundo que necesita confesión —dijo la figura antes de desvanecerse en la niebla.

El sereno no cuestionó la orden. Corrió, sus pasos resonaban en el empedrado, hasta llegar al templo de San José, a pocas calles de distancia. Golpeó la puerta con desesperación, y el párroco, un hombre anciano de nombre Fray Gustavo, abrió con el rostro lleno de preocupación.

—¡Padre, un hombre en el callejón 2 de abril! ¡Está herido, necesita confesión! —exclamó don Hermilo, jadeante.

Fray Gustavo, sin dudar, tomó un farol y siguió al sereno, aunque notó algo extraño en su mirada: sus ojos parecían vidriosos, como si no estuvieran del todo presentes.

Cuando llegaron al callejón, el aire era aún más pesado, y un silencio sepulcral los envolvió. Fray Gustavo alzó su farol y vio al hombre en el suelo, el mismo que don Hermilo había descrito. Se arrodilló junto al moribundo, cuyo pecho subía y bajaba con dificultad. La sangre empapaba su camisa, y el puñal seguía incrustado en su carne.

—Hijo mío, confiesa tus pecados —susurró el párroco, inclinándose para escuchar.

El hombre, con voz entrecortada, comenzó a hablar, no obstante, sus palabras eran un murmullo incoherente, interrumpido por espasmos de dolor. La confesión fue larga, penosa, como si el moribundo luchara contra algo más que la muerte misma.

Fray Gustavo, con el corazón apesadumbrado, administró los últimos ritos mientras el hombre exhalaba su último aliento. El silencio volvió al callejón, roto solo por el aullido lejano de un

perro. El párroco se puso de pie, en busca del sereno para agradecerle por haberlo llevado hasta allí. Pero el callejón estaba vacío. Solo él, el cadáver y el farol del sereno, abandonado en el suelo, con su llama aún titilaba. Extrañado, el padre levantó el farol y lo acercó al rostro del muerto. El corazón sintió que se le detenía: era don Hermilo, el sereno, con el mismo rostro pálido y los mismos ojos vidriosos que había visto minutos antes.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. La figura que lo había guiado, la voz que lo había llamado al curato... era el alma de don Hermilo, atrapada en el umbral entre la vida y la muerte. Fray Gustavo dejó caer el farol, que se apagó al tocar el suelo, a la vez que sumía al callejón en una oscuridad absoluta. Corrió hacia el templo, al tiempo que tropezaba en el empedrado, con el eco de sus propios pasos persiguiéndolo.

Los días siguientes fueron un tormento para Fray Gustavo. No podía sacarse de la cabeza el rostro de don Hermilo, ni el sonido de su confesión, que parecía resonar en su mente como un eco interminable. Cada noche, al cerrar los ojos, veía el callejón, sentía el frío del aire y escuchaba el aullido de los perros. Pero lo peor comenzó una semana después, cuando una fiebre lo postró en cama. El calor lo consumía, y un zumbido constante comenzó a atormentar su oído derecho, el mismo con el que había escuchado la confesión del sereno.

Los médicos no encontraron explicación para su mal. La fiebre cedió tras unos días, mientras que el zumbido no. Poco a poco, Fray Gustavo comenzó a perder la audición en ese oído, hasta quedar sordo en su totalidad de él. Los habitantes del barrio murmuraban que era un castigo divino, una marca por haber escuchado los secretos de un alma en pena. Otros decían que el callejón mismo estaba maldito, que el espíritu de don Hermilo aún rondaba, en busca de justicia por su asesinato.

El callejón 2 de abril nunca volvió a ser el mismo. Los serenos evitaban pasar por él, y los faroles parecían apagarse

solos en las noches más oscuras. Los vecinos aseguraban escuchar pasos en el empedrado, o el eco de una voz que anunciaba «¡Las diez de la noche!» cuando nadie estaba allí. Algunos afirmaban haber visto una figura con un farol, parada al final del callejón, aunque al acercarse, solo encontraban el vacío.

Fray Gustavo vivió el resto de sus días en el templo de San José, pero nunca volvió a hablar de aquella noche. Cuando alguien mencionaba el Callejón del Muerto, su rostro palidecía, y su mano subía de manera instintiva a su oído sordo. Murió años después, y en su lecho de muerte, se dice que sus últimas palabras fueron: «El farol... aún arde».

El callejón 2 de abril sigue allí, entre la Basílica de la Soledad y las calles empedradas de Oaxaca. Los turistas lo recorren, atraídos por la leyenda, sin embargo, pocos se atreven a cruzarlo al oscurecer. En las noches de noviembre, cuando el Día de Muertos llena el aire de incienso y recuerdos, algunos dicen que el farol de don Hermilo aún parece titilar en la oscuridad, como si su alma buscara redención... o venganza.



CAPÍTULO 7 LA QUEMADA

En el corazón de la Nueva España, en la bulliciosa Ciudad de México del siglo XVII, las calles empedradas del centro resonaban con el eco de carruajes, el murmullo de los vendedores y las campanas de las iglesias que marcaban las horas. Entre los edificios de piedra y los patios perfumados de azahares, la calle de Jesús María, entonces apenas un sendero flanqueado por casas señoriales, albergaba una historia que habría de trascender el tiempo. Era una calle modesta, pero sus balcones de hierro forjado con adornos y sus ventanas de madera guardaban los secretos de sus habitantes, y entre ellos, el de Beatriz de Alarcón, una joven cuya belleza era tan célebre como el sol de mediodía en la plaza mayor de la ciudad, deslumbraba a todos con su sonrisa radiante y su gracia innata.

Beatriz, hija de un comerciante español de mediana fortuna, vivía en una casa de dos pisos con un patio interior donde crecían jazmines. Su cabello, negro como la obsidiana, caía en cascada sobre sus hombros, y sus ojos, de un castaño profundo, parecían guardar un misterio que nadie podía descifrar. A sus dieciocho años, su rostro era la envidia de las damas de la alta sociedad y el anhelo de los caballeros que paseaban por la Plaza Mayor. Sin embargo, la joven no era vanidosa; al contrario, su espíritu era sereno, y su corazón, aunque joven, anhelaba un amor puro, uno que no se dejara cegar por la superficie.

Entre los muchos pretendientes que rondaban su casa, destacaba Martín de Scopoli, un joven italiano que había llegado a la Nueva España en busca de fortuna. Era alto, de porte elegante, con veinticinco años, de mirada intensa y un acento que delataba su origen florentino. Había hecho una modesta riqueza con la venta de telas finas traídas de Europa, pero su verdadera obsesión no era el oro, sino Beatriz. Desde el primer día que la vio en la misa de la Catedral, quedó prendado de ella. Cada domingo,

sin falta, se presentaba en la iglesia con un ramo de flores, que dejaba de manera discreta en el banco de la joven, y cada tarde, paseaba por la calle de Jesús María con la esperanza de cruzarse con ella.

Sin embargo, la belleza de Beatriz no solo atraía admiración, sino también envidias y rivalidades. Los pretendientes, desde nobles criollos hasta aventureros españoles, competían por su atención, y no era raro que las palabras se convirtieran en gritos y los gritos en duelos. Martín, aunque apasionado, no era hombre de violencia, pero su devoción por ella, lo llevaba a enfrentarse a quienes la cortejaban con menos honor. Las tensiones crecían, y la calle de Jesús María se convirtió en escenario de riñas y desafíos, para consternación de los vecinos y de la joven.

Una tarde, mientras Beatriz bordaba en el patio de su casa, su padre, don Alfredo, un hombre de carácter severo pero afectuoso, la llamó al salón principal.

—Hija mía —dijo, con un suspiro—. Tu belleza es una bendición, pero también una carga. Los hombres se pelean como perros por tu mano, y temo que esto termine en tragedia. Debes elegir pronto, o el virrey mismo intervendrá para poner orden.

Beatriz, con la mirada baja, respondió:

—Padre, no deseo un esposo que solo vea mi rostro. Quiero un amor que valore mi alma, que no se desvanezca con el tiempo o las circunstancias.

Don Alfredo asintió, pero su ceño fruncido delataba su preocupación. Sabía que el corazón de su hija era noble, pero también que el mundo no siempre premiaba la nobleza.

Esa noche, Beatriz, asomada a su balcón, observó la calle bañada por la luz de la luna. Martín pasó, como era su costumbre, y al verla, inclinó la cabeza en un gesto de respeto. Ella le sonrió, pero su corazón estaba inquieto. ¿Él era diferente? ¿O su amor, como el de los demás, se desvanecería si su belleza

desapareciera? Una idea, tan audaz como aterradora, comenzó a formarse en su mente.

Los días siguientes fueron un torbellino de emociones. Las riñas entre los pretendientes se intensificaron, y una noche, en la esquina de la calle de Jesús María, Martín se vio envuelto en un altercado con Diego de Vega, un criollo arrogante que también cortejaba a la joven. Las espadas brillaron bajo las antorchas, y aunque nadie resultó herido, el incidente llegó a oídos del virrey, quien amenazó con imponer castigos si los disturbios continuaban. Beatriz, al enterarse, sintió una mezcla de culpa y determinación. No podía permitir que su presencia causara discordia.

Una tarde, mientras el sol se ponía y las campanas de la iglesia tocaban el Ángelus, Beatriz se encerró en su alcoba. Frente a un espejo de marco dorado, contempló su rostro. Era, sin duda, hermoso, pero en ese momento lo vio como una máscara que ocultaba su verdadero ser. «Si el amor de Martín es verdadero», pensó, «no dependerá de esto». Con manos temblorosas, tomó una vela encendida y se acercó al brasero donde ardían carbones. La idea que había germinado en su mente ahora ardía con la misma intensidad que las brasas frente a ella.

Respiró hondo, cerró los ojos y, con un movimiento rápido, acercó su rostro al carbón encendido. El dolor fue insoportable, un fuego que devoró su piel y su calma. Gritó, pero no se detuvo. Cuando al fin se apartó, el espejo le devolvió una imagen que ya no reconocía: su rostro, antes perfecto, estaba marcado por quemaduras rojas y negras. Las lágrimas corrieron por sus mejillas, no solo por el dolor físico, sino por el miedo de lo que vendría después. ¿Y si Martín la rechazaba? ¿Y si su sacrificio había sido en vano?

Esa noche, Beatriz no salió de su alcoba. Su doncella, Alma, al verla, soltó un grito y corrió a buscar a don Alfredo. El padre, al contemplar a su hija, sintió que el mundo se derrumbaba.

—¿Por qué, Beatriz? ¿Por qué te has hecho esto? — exclamó, con la voz rota.

Ella, con una calma que contrastaba con su rostro desfigurado, respondió:

—Porque quiero saber si el amor que me profesan es real. Si Martín me ama de verdad, no le importará esto. Y si no, mejor saberlo ahora.

Don Alfredo, aunque devastado, no pudo evitar admirar el coraje de su hija. Ordenó que nadie hablara del incidente y que Beatriz permaneciera en casa hasta que decidiera cómo presentarse al mundo. Pero los rumores, como el viento, no se pueden contener. Pronto, la calle de Jesús María susurraba sobre «la joven que se quemó el rostro por amor». Los pretendientes, uno a uno, dejaron de aparecer. Diego de Vega se marchó a Puebla, y otros mejor evitaron la calle. Solo Martín pasaba cada tarde, ajeno al destino que Beatriz había elegido.

Una semana después, Beatriz, con el rostro cubierto por un velo negro que Alma había cosido para ella, decidió enfrentarse a Martín. Lo citó en el patio de su casa, bajo la sombra de un naranjo. Cuando él llegó, su sonrisa habitual se desvaneció al notar el velo.

—Beatriz, ¿qué ha pasado? —preguntó, con una mezcla de preocupación y confusión.

Ella, con la voz temblorosa pero firme, respondió:

—Martín, siempre has dicho que me amas. Pero el amor verdadero no se basa en lo que los ojos ven, sino en lo que el corazón siente. He cambiado, y quiero saber si tu amor sigue siendo el mismo.

Poco a poco, levantó el velo, al tiempo que revelaba las cicatrices que marcaban su rostro.

Martín palideció. El silencio que siguió fue tan pesado que la joven sintió que el mundo entero se detenía. Pero entonces, algo inesperado ocurrió. Él se arrodilló ante ella, tomó sus manos y, con lágrimas en los ojos, dijo:

—Beatriz, tu rostro era hermoso, pero nunca fue lo que amé. Amo tu risa, tu bondad, la forma en que miras el mundo. Estas cicatrices no cambian quién eres. Si me aceptas, quiero pasar el resto de mi vida a tu lado.

Beatriz, con el corazón latiendo con fuerza, apenas pudo contener las lágrimas. Había esperado rechazo, burla, lástima, pero no esto. No un amor tan puro, tan inquebrantable. En ese momento, supo que su sacrificio no había sido en vano.

La noticia del gesto de Beatriz y la respuesta de él corrió como pólvora por la Ciudad de México. Lo que comenzó como un rumor se convirtió en una leyenda, una historia que las madres contaban a sus hijas y los poetas recitaban en las plazas. La joven y Martín se casaron en una ceremonia sencilla en la iglesia de Jesús María, con el velo negro, que usaba como símbolo de su valentía y del amor que había trascendido las apariencias.

La pareja vivió en la misma casa de la calle de Jesús María, que pronto fue conocida como «la calle de la Quemada» en honor a Beatriz. Aunque ella nunca volvió a mostrar su rostro en público, su presencia era una inspiración. Los vecinos, que al principio la miraban con curiosidad o lástima, aprendieron a admirar su fortaleza. Martín, fiel a su palabra, la amó cada día con la misma intensidad, y juntos criaron a dos hijas, a quienes enseñaron que el verdadero amor no se encuentra en los espejos, sino en los corazones.

Con los años, Beatriz se convirtió en una figura casi mítica. Las jóvenes de la ciudad acudían a ella en busca de consejo, y ella, con su voz serena y su velo negro, les hablaba de la importancia de la verdad y el valor. Martín, por su parte, prosperó

como comerciante, pero nunca olvidó el momento en que ella le mostró su rostro desfigurado y él decidió amarla para siempre.

Cuando Beatriz murió, ya anciana, la calle de Jesús María se llenó de flores. Los vecinos, que habían aprendido a quererla, la despidieron como a una santa. Martín, con el corazón roto pero lleno de gratitud, vivió unos años más, siempre llevaba consigo el recuerdo de su esposa. La calle, aunque cambió de nombre con el tiempo, nunca perdió su historia. Los habitantes de la Ciudad de México, generación tras generación, contaron la leyenda de La Quemada, la mujer que sacrificó su belleza para encontrar el amor verdadero.

Hoy, en el centro histórico, la calle de Jesús María sigue siendo un lugar de paso, pero también de memoria. Quienes la recorren, si prestan atención, pueden imaginar a Beatriz, con su velo negro, caminar de la mano de Martín, recordándonos que el amor más puro no teme a las cicatrices, ni al tiempo, ni a la muerte.



CAPÍTULO 8 EL FANTASMA DE LA MONJA

En las calles empedradas de la Ciudad de México, durante los días dorados de la Nueva España, la vida transcurría bajo el peso de las normas y las jerarquías. Era el año 1680, y la opulenta capital virreinal bullía de actividad: carruajes traqueteaba sobre los adoquines, mercaderes voceaban sus productos y damas de la alta sociedad paseaban con sus parasoles bajo el sol ardiente. En una de las mansiones más imponentes del centro vivía María de Ávila, una joven de belleza deslumbrante, con ojos oscuros que parecían guardar un secreto y una sonrisa que iluminaba incluso los días más grises. Pertenecía a una de las familias más acaudaladas de la ciudad, los Ávila, cuya riqueza provenía de minas de plata en Zacatecas y vastas tierras en el valle.

María, a sus dieciocho años, era la joya de la familia, pero también una prisionera de las expectativas. Como hija de la élite, su vida estaba dictada por reglas estrictas: no podía hablar con desconocidos, mucho menos con quienes no pertenecieran a su clase, y su destino estaba sellado: un matrimonio conveniente que asegurara alianzas y riqueza. Sin embargo, Ella tenía un espíritu inquieto, un anhelo de libertad que no podía expresar en los salones decorados con tapices y candelabros de cristal.

Un día, mientras paseaba por los jardines de la Plaza Mayor acompañada de su doncella, Isabel, María se detuvo frente a un puesto de flores. Allí, un joven mestizo de piel bronceada y mirada intensa arreglaba con cuidado un ramo de rosas. Su nombre era Ernesto Arrutia, un hombre de origen humilde que trabajaba las tierras de un hacendado en las afueras de la ciudad. Sus manos, ásperas por el trabajo, contrastaban con la delicadeza con la que manejaba las flores. Ella, atraída por su aire sencillo pero magnético, se acercó más de lo que las normas permitían. El

joven, al notarla, le ofreció una rosa con una sonrisa que hizo que el corazón le diera un vuelco.

—Para la dama más hermosa que he visto hoy —dijo él, con una mezcla de audacia y respeto.

María, sonrojada, aceptó la flor, mientras ignoraba la mirada de reproche de Isabel. Ese encuentro fugaz marcó el inicio de un amor prohibido. Durante semanas, ella encontró excusas para escapar de la vigilancia de su familia y reunirse con Ernesto en los callejones discretos del mercado o en los jardines menos transitados. Cada encuentro era un riesgo, pero también un bálsamo para su alma atrapada. Él le hablaba de las tierras que trabajaba, de los amaneceres en el campo y de sus sueños de una vida mejor. La joven, por su parte, le confiaba sus deseos de escapar de las cadenas invisibles de su posición social.

Sin embargo, el amor hacia María no era del todo puro. Ernesto, aunque parecía sincero, guardaba un secreto: veía en ella no solo a una mujer encantadora, sino también a una puerta hacia la riqueza y el prestigio. Su plan era conquistarla, casarse con la joven y ascender en la rígida jerarquía colonial. Pero el amor, pese a estar mezclado con ambición, era real para ambos, y sus encuentros se volvieron más frecuentes, más intensos.

La felicidad de María no pasó desapercibida. Sus hermanos, Alfonso y Francisco, comenzaron a sospechar de sus ausencias y su mirada soñadora. Una noche, mientras ella bordaba en el salón, Alfonso la confrontó.

—María, ¿qué te sucede? Te veo distraída, como si escondieras algo. ¿Acaso hay un hombre? —preguntó con tono severo.

María, incapaz de mentir, confesó su amor por Ernesto. La reacción fue inmediata y feroz. Francisco, el mayor de los hermanos, golpeó la mesa con furia.

—¡Un mestizo! ¡Un vulgar campesino! ¿Has perdido la razón? Los Ávila no se mezclan con esa clase de gente.

María intentó defender su amor, pero sus palabras fueron silenciadas por la autoridad de sus hermanos. Decididos a proteger el honor de la familia, contrataron a un espía para seguir a Ernesto. Pronto descubrieron su plan: el joven había hablado con demasiada franqueza en una taberna, jactándose de cómo el matrimonio con ella lo sacaría de la pobreza. Los hermanos, indignados, idearon un plan para alejarlo de sus vidas.

Una noche, Ernesto fue interceptado por dos hombres enviados por los Ávila. En un callejón oscuro, le ofrecieron una bolsa llena de monedas de oro, suficiente para vivir de manera cómoda durante años. A cambio, debía desaparecer de la vida de María y marcharse de la ciudad. El joven, aunque en un principio se resistió, no pudo contener la tentación del dinero. Con el corazón dividido entre el amor y la ambición, aceptó el trato y, sin despedirse, abandonó la ciudad.

Cuando María se enteró de la partida de Ernesto, su mundo se derrumbó. Nadie le explicó la verdad; sus hermanos le hicieron creer que el joven solo la había abandonado. Pero ella, destrozada, se encerró en su habitación, negándose a comer o hablar. Los días se convirtieron en semanas, y las semanas en meses. Su belleza comenzó a desvanecerse, reemplazada por ojeras y una tristeza que parecía consumirla desde adentro. Los Ávila, desesperados, buscaron médicos y curanderos, no obstante, nada podía sanar el corazón roto de la joven.

Por fin, Alfonso y Francisco tomaron una decisión drástica. Pensaron que el aislamiento en un convento podría obligar a María a olvidar a Ernesto y recuperar su espíritu. La llevaron al Antiguo Convento de la Concepción, un lugar austero donde las monjas vivían bajo estrictas reglas de oración y penitencia. La joven, sin fuerzas para resistirse, fue internada contra su voluntad. Allí, vestida con el hábito de novicia, pasaba los días en oración y

llanto, suplicándole a Dios que su amado regresara. Pero los meses pasaron, y no hubo señales de él.

Una noche, mientras el viento aullaba entre los muros del convento, María salió al jardín trasero, donde un viejo árbol de durazno se alzaba como un testigo silencioso. Con lágrimas en los ojos, tomó una cuerda que había escondido entre sus ropas y, en un acto de desesperación, se ahorcó en una de las ramas. Las monjas la encontraron al amanecer, su cuerpo inmóvil balanceándose bajo la luz pálida del alba. La enterraron bajo el mismo árbol, en un intento de ocultar el escándalo de un suicidio en el convento.

Las semanas siguientes al trágico suceso, el Convento de la Concepción dejó de ser un lugar de paz. Las monjas comenzaron a susurrar sobre extraños sucesos. Una de ellas, Sor Inés, afirmó haber visto el reflejo de una mujer joven en el pozo del convento mientras recogía agua. Otra, Sor Juana, juró haber escuchado un grito desgarrador en la noche, una voz que clamaba: «¡No volviste!». Pero lo más inquietante era la figura que algunas decían ver colgada en el árbol de durazno, una silueta etérea que desaparecía al acercarse.

Con el tiempo, la leyenda del fantasma de María de Ávila creció. Las monjas contaban que su espíritu vagaba por los pasillos, sus pasos ligeros resonaban en la oscuridad. Algunos aseguraban que la joven, aún atrapada en su dolor, buscaba asustar a los enamorados, como si quisiera advertirles del peligro del desamor. Una noche, una joven novicia llamada Ana, que había entrado al convento huyendo de un amor imposible, decidió enfrentarse al misterio. Armada con un crucifijo y su fe, se quedó despierta en el jardín, bajo el árbol de durazno, decidida a hablar con el espíritu.

A medianoche, el aire se volvió frío, y un susurro recorrió el jardín. Ana levantó la vista y vio una figura translúcida: una mujer joven con un hábito de monja, pero con el rostro de María, pálido

y lleno de tristeza. Sus ojos, sin embargo, ardían con una furia contenida.

—¿Por qué sigues aquí, María? —preguntó Ana con voz temblorosa pero firme—. ¿Qué buscas?

El fantasma la miró en silencio antes de hablar, su voz un eco que parecía venir de otro mundo.

—Busco lo que me fue arrebatado. Él me traicionó, y ellos me encerraron. No descansaré hasta que el amor verdadero sea respetado.

Ana, conmovida, respondió:

—El amor no siempre es justo, pero tu dolor no debería atraparte aquí. Deja que Dios juzgue a quienes te lastimaron.

Por un momento, el rostro de María pareció suavizarse, como si las palabras de Ana hubieran tocado algo profundo en su alma. Pero antes que pudiera responder, un viento helado recorrió el jardín, y el fantasma desapareció, al tiempo que dejaba solo el crujir de las ramas del árbol.

Ana compartió su experiencia con las demás monjas, y aunque algunas dudaron, otras comenzaron a rezar por el alma de María, pidiéndole a Dios que le diera paz. Con el tiempo, las apariciones se volvieron menos frecuentes, pero la leyenda nunca murió. Los habitantes de la Ciudad de México aún cuentan la historia de la monja que vaga por los restos del Convento de la Concepción, un recordatorio que el amor, cuando es traicionado, puede dejar heridas que trascienden la vida misma.

En las noches de luna llena, algunos dicen que aún se escucha un grito lejano en el centro de la ciudad, un lamento que susurra: «¡No volviste!». Y aunque el convento ya no existe, el espíritu de María de Ávila permanece, un eco de un amor perdido y una advertencia para quienes juegan con los corazones ajenos.



CAPÍTULO 9 **LOS ALUXES**

En el corazón de la selva de Quintana Roo, donde los cenotes brillan como espejos del cielo y los árboles murmuran secretos antiguos, se encontraba la pequeña comunidad de Xul-Ha. Era un lugar donde el tiempo parecía detenerse, con casas de adobe y techos de palma que se alzaban entre milpas doradas y senderos cubiertos de musgo. Los habitantes de Xul-Ha vivían en armonía con la naturaleza, al respetar las tradiciones mayas que sus abuelos les habían enseñado. Entre esas tradiciones, la más importante era el respeto a los aluxes, los guardianes invisibles de la selva.

Lorena, una adolescente de diecisiete años con ojos que destellaban curiosidad y una sonrisa que insinuaba un corazón lleno de sueños, había crecido con las historias de su abuela Rosa sobre los aluxes.

—Son pequeños, aunque poderosos —le decía la anciana mientras molía maíz en el metate—. Si les das ofrendas y pides permiso, cuidarán tus cosechas. Pero si los ignoras, te harán perder el rumbo en la selva o esconderán tus herramientas.

Lorena, aunque fascinada, siempre había considerado estas historias como cuentos para niños.

El padre de Lorena, Don Esteban, era un campesino respetado en Xul-Ha. Cada año, antes de sembrar su milpa, construía un «kahtal alux», una pequeña casita de piedra y madera en la esquina de su terreno, donde dejaba ofrendas de maíz, miel y flores.

—Es para los guardianes —explicaba con seriedad—. Sin ellos, la tierra no da fruto; bueno, esas son las creencias.

Pero este año, la cosecha había sido escasa. Las lluvias llegaron tarde, y los maíces crecieron débiles. Don Esteban, preocupado, decidió ampliar su milpa, adentrándose más en la selva para despejar un nuevo terreno. Lorena, que lo ayudaba en las tardes, notó que su padre no había pedido permiso a los aluxes ni construido un nuevo «kahtal» en la parcela recién abierta.

—Papá, ¿no vas a hacer la casita para los aluxes? — preguntó una tarde mientras cargaba un cesto de mazorcas.

Don Esteban, con el rostro cubierto de sudor, se limitó a reír.

—Hija, al parecer en esta ocasión no me escucharon; ya creo que esas son cosas de los viejos. El cura dice que la tierra da lo que da en base a las lluvias. No porque unos duendecitos se enojen.

Lorena frunció el ceño, pero no insistió. Sin embargo, algo en su interior, quizás el eco de las palabras de su abuela, le hizo sentir un nudo en el estómago. Esa noche, mientras el viento susurraba entre los árboles, soñó con risas agudas y sombras que corrían entre los maíces.

A la mañana siguiente, Lorena despertó con un sobresalto. El sol apenas asomaba, pero un alboroto afuera la hizo levantarse de un salto. En el patio, Don Esteban discutía con su vecino, Don Felipe, quien señalaba la milpa con gesto preocupado.

—¡Te lo dije, Esteban! No se juega con los aluxes. Mira esto —exclamó Don Felipe, al tiempo que señalaba un rastro de mazorcas arrancadas y esparcidas por el suelo.

Las herramientas de Don Esteban, que siempre dejaba ordenadas junto al kahtal alux viejo, habían desaparecido. En su lugar, había un montón de ramas retorcidas, como si alguien hubiera querido burlarse.

Lorena, aún en pijama, se acercó.

—¿Qué pasó, papá?

Don Esteban, con el rostro tenso, negó con la cabeza.

—Nada, hija. Seguro fueron los perros callejeros o algún bromista del pueblo.

Pero Lorena no estaba tan segura. Recordó las historias de su abuela: los aluxes, cuando se sentían ofendidos, podían volverse traviesos. Decidió visitar a doña Rosita, quien vivía en una casita al borde del pueblo, rodeada de hierbas medicinales y un pequeño altar donde siempre ardía una vela.

—Abuela, ¿crees que los aluxes están enojados con papá?
—preguntó Lorena, sentándose frente a la anciana.

Doña Rosa, con los ojos entrecerrados, dejó escapar un suspiro.

—Los aluxes no son un juego, hija. Si tu padre entró a la selva sin pedir permiso, sin construir un kahtal, ellos lo saben. Y no les gusta que los ignoren. —La anciana tomó un puñado de maíz seco y lo arrojó al fuego del altar, murmurando una plegaria en maya—. Debes convencerlo de hacer las cosas bien, o las cosas empeorarán.

Lorena regresó a casa con la cabeza llena de dudas. Quería creer que todo tenía una explicación lógica, sin embargo, los sucesos extraños continuaron. Esa noche, mientras dormía, escuchó risas agudas que parecían venir de la milpa. Al asomarse por la ventana, vio sombras pequeñas moviéndose entre los maíces, pero cuando salió con una linterna, no había nada. Al día siguiente, encontraron más mazorcas arrancadas y un sendero de piedras apiladas en forma de espiral, algo que ningún animal podría haber hecho.

Desesperada, Lorena decidió actuar. Si su padre no creía en los aluxes, ella misma intentaría apaciguarlos. Al atardecer, cuando el cielo se tiñó de naranja, tomó un cesto con maíz, miel y

flores silvestres que recogió en el camino. Caminó hasta la nueva parcela, donde los árboles recién cortados aún despedían un aroma fresco. Allí, en un rincón, comenzó a construir un kahtal alux con piedras y ramas, guiada por las instrucciones que recordaba de su abuela. Mientras apilaba las piedras, susurró:

—Aluxes, perdonen a mi papá. No quiso ofenderlos. Por favor, cuiden nuestra milpa.

Cuando terminó, dejó las ofrendas dentro en el pequeño altar y se sentó a esperar. La selva estaba en silencio, salvo por el canto de los grillos y el susurro del viento. De pronto, un escalofrío recorrió su cuerpo. Sintió que algo la observaba. Giró la cabeza y, por un instante, creyó ver una figura pequeña, no más alta que su rodilla, con ojos brillantes como luciérnagas, escondida tras un árbol. Pero cuando parpadeó, la figura había desaparecido.

Esa noche, Lorena no durmió bien. Soñó con un cenote profundo, donde voces infantiles le hablaban en un idioma que no entendía. Despertó con la certeza que los aluxes la habían escuchado, pero no estaba segura de si habían aceptado su ofrenda.

Los días siguientes fueron aún más extraños. Las herramientas de Don Esteban reaparecieron, pero estaban apiladas en el centro de la milpa, cubiertas de musgo. Los maíces de la parcela vieja comenzaron a florecer de nuevo, aunque en la nueva, los brotes se marchitaban sin razón aparente. Don Esteban, cada vez más frustrado, decidió contratar a un jornalero para vigilar la milpa por las noches, no obstante, el hombre renunció al tercer día, juraba que había escuchado risas y visto sombras que lo perseguían.

Lorena, convencida que los aluxes trataban de enviar un mensaje, regresó con su abuela.

—Abuela, hice un kahtal y dejé ofrendas, pero no es suficiente. ¿Qué más puedo hacer?

Doña Rosita la miró a los ojos.

—Los aluxes no solo quieren ofrendas, hija. Quieren respeto. Tu padre debe reconocerlos, o nunca dejarán de molestarlo. Llévalo a la selva, al lugar donde cortó los árboles. Que pida perdón y prometa cuidar la tierra.

Lorena sabía que convencer a su padre sería difícil. Don Esteban era un hombre práctico, endurecido por años de trabajo bajo el sol. Pero los sucesos inexplicables comenzaban a afectarlo. Una noche, cuando encontró su machete favorito enterrado en la tierra con una corona de flores silvestres alrededor, al fin aceptó escuchar a su hija.

—Papá, no perdemos nada con intentarlo. —Insistió Lorena—. Si los aluxes están enojados, esto podría ayudar. Y si no, al menos habremos hecho algo por la milpa.

Don Esteban, aunque escéptico, accedió. Al amanecer, padre e hija caminaron hasta la nueva parcela. Llevaban un cesto con ofrendas: maíz, miel, tabaco y una botella de «balché», la bebida sagrada de los mayas. De acuerdo con las instrucciones de doña Rosa, Don Esteban se arrodilló frente al kahtal alux que Lorena había construido. Con voz temblorosa, habló:

—Aluxes, yo, Esteban, les pido perdón. No quise ofenderlos al entrar en su selva. Prometo respetar esta tierra y cuidar lo que me den. Por favor, dejen mi milpa en paz.

Lorena, a su lado, colocó las ofrendas en el altar. Mientras lo hacía, una brisa suave recorrió la parcela, y los árboles parecieron susurrar. Don Esteban, sorprendido, sintió un peso levantarse de sus hombros. No estaba seguro de creer en los aluxes, pero por primera vez en semanas, sintió esperanza.

Esa noche, la familia durmió en calma. No hubo risas extrañas ni sombras en la milpa. Al día siguiente, cuando Lorena y su padre revisaron la parcela, encontraron algo asombroso: los brotes marchitos de la nueva milpa comenzaban a reverdecer. En el kahtal alux, las ofrendas habían desaparecido, reemplazadas por una pequeña piedra tallada con un símbolo que Lorena reconoció como un glifo maya de protección.

Don Esteban, aún sin admitir del todo que los aluxes existían, comenzó a respetar las tradiciones. Construyó un nuevo kahtal más grande y prometió no volver a trabajar la tierra sin pedir permiso. La milpa prosperó, y ese año, la cosecha fue la mejor en mucho tiempo. Los vecinos de Xul-Ha, al enterarse, comenzaron a visitar el altar de Don Esteban. Allí dejaron sus propias ofrendas y susurraban historias sobre cómo los aluxes habían regresado a cuidar la tierra.

Lorena, por su parte, nunca olvidó aquella noche en la selva, cuando vio los ojos brillantes entre los árboles. Aunque no volvió a ver a los aluxes, cada vez que pasaba por el kahtal, sentía su presencia. Aprendió que, en Xul-Ha, la línea entre lo real y lo mágico era tan delgada como el susurro del viento. Y en su corazón, supo que los aluxes siempre estarían allí, al cuidado la selva, siempre que se les tratara con respeto.

El suceso entre Lorena y los aluxes se convirtió en una historia que los niños de Xul-Ha contaban alrededor de las fogatas. Y en las noches tranquilas, cuando la selva cantaba, algunos juraban escuchar risas agudas, como un recordatorio que los guardianes nunca se iban del todo.



CAPÍTULO 10 EL CALLEJÓN DEL BESO

En el corazón de Guanajuato, donde las calles serpentean como venas de plata entre casas de colores y colinas empinadas, se encuentra el «Callejón del Beso», un rincón tan angosto que los balcones de las casas opuestas parecen susurrarse secretos. Sus paredes, bañadas por el sol del atardecer, guardan ecos de una historia que los habitantes de la ciudad recitan con reverencia: la tragedia de dos amantes cuyo amor desafió las barreras de la sociedad, pero no el filo de una daga. Era el año 1850, y Guanajuato vibraba con el bullicio de las minas y los sueños de quienes buscaban fortuna en sus entrañas.

Ana de la Rosa vivía en una de esas casas de balcón estrecho, con paredes de cantera rosa y ventanas enrejadas que parecían jaulas. Era la hija única de don Ignacio de la Rosa, un hombre adinerado cuya fortuna provenía de las minas de plata, pero cuya alma estaba endurecida por la codicia y el orgullo. La joven, de ojos oscuros como la noche y una sonrisa que iluminaba incluso los días más grises, era su posesión más preciada, no por amor, sino por lo que representaba: una moneda de cambio para alianzas con nobles españoles. don Ignacio la vigilaba con celo, prohibiéndole salir sin su dama de compañía, doña Gertrudis, una mujer leal y de corazón compasivo.

En la otra casa, justo al otro lado del callejón, vivía don Carlos Mendoza, un joven minero de origen humilde. No tenía la riqueza de los grandes propietarios, pero poseía un espíritu indomable y un talento innato para la poesía. Sus manos, curtidas por el trabajo en la Mina de la Valenciana, contrastaban con la suavidad con la que tocaba la guitarra bajo la luna, mientras componía versos que hablaban de libertad y amor. Carlos había visto a Ana en una de sus raras escapadas a la iglesia de San Diego, donde ella, cubierta con un rebozo, rezaba con una melancolía que lo cautivó. Desde ese día, sus miradas se

cruzaron en cada oportunidad, y un amor silencioso comenzó a crecer entre ellos, alimentado por gestos furtivos y notas escondidas en los pliegues de un misal.

El callejón, con sus balcones separados por apenas un metro, se convirtió en su refugio. Ana, desde su ventana, y Carlos, desde la suya, podían estirar los brazos y rozar las yemas de sus dedos, como si el destino hubiera construido ese espacio solo para ellos. Hablaban en susurros, temerosos que el eco traicionara su secreto. Ana le contaba sus sueños de escapar de la prisión dorada de su padre; Carlos le recitaba poemas que hacían sonrojar sus mejillas.

—Algún día, mi amor. —Le prometía él—. Te llevaré lejos, donde nadie pueda separarnos.

Ella, con los ojos brillantes, le creía, aunque el peso de la realidad la hacía temblar.

El amor de Ana y Carlos floreció en la sombra, pero los secretos en Guanajuato rara vez permanecen ocultos. doña Gertrudis, que había jurado lealtad a don Ignacio, no pudo resistir la ternura que veía en los ojos de Ana. Fue ella quien comenzó a llevar las cartas de los amantes, escondiéndolas bajo su chal, mientras arriesgaba todo por la felicidad de la joven. Sin embargo, la ciudad era un hervidero de rumores, y un día, un vecino celoso, envidioso de la atención que Carlos recibía de las muchachas del pueblo, susurró al oído de don Ignacio que su hija se veía con un minero en las noches.

Don Ignacio, un hombre cuya furia era tan conocida como su riqueza, decidió vigilar a Ana. Una noche, mientras la ciudad dormía bajo un manto de estrellas, escuchó murmullos provenientes de la habitación de su hija. Sigiloso, se acercó a la ventana y vio lo impensable: Ana, inclinada sobre el balcón, hablaba con Carlos, sus manos entrelazadas a través del callejón. La luz de la luna iluminaba sus rostros, y por un instante, parecían

inmunes al mundo. Pero la rabia de don Ignacio era un volcán a punto de estallar.

Al día siguiente, encerró a Ana en su habitación, con las ventanas clausuradas y la puerta bajo llave.

—¡Te casarás con don Álvaro de Castilla, un noble español que llegará en un mes! —gritó, al tiempo que ignoraba las súplicas de su hija—. ¡Y si ese minero miserable se atreve a acercarse, lo haré desaparecer!

Ana, con el corazón roto, lloró hasta que sus lágrimas se agotaron, pero no perdió la esperanza. En un descuido de su padre, logró pasar una nota a doña Gertrudis, quien, temblorosa, la llevó a Carlos. En la carta, Ana le advertía del plan de su padre y le suplicaba que encontrara una manera de salvarla.

Carlos, desesperado, recorrió el callejón con la mirada, mientras buscaba una solución. Fue entonces cuando notó lo evidente: la casa frente a la de Ana estaba en venta. Con los ahorros de años de trabajo en la mina y un préstamo arriesgado de un amigo, compró la propiedad a un precio exorbitante. «Si no puedo sacarla de esa casa», pensó, «al menos estaré más cerca de ella». Esa misma noche, se mudó al balcón opuesto, y bajo la complicidad de la oscuridad, los amantes volvieron a encontrarse. Sus conversaciones, ahora más audaces, planeaban una fuga.

—Huyamos a Zacatecas —susurró Carlos—. Allí nadie nos conocerá.

Ana asintió, aunque el miedo la atenazaba.

Durante semanas, los amantes se encontraron en los balcones, mientras planeaban cada detalle. doña Gertrudis, convertida en su aliada, les proporcionaba información sobre los movimientos de don Ignacio. Pero el destino, cruel como siempre, tenía otros planes. Una noche, mientras Ana y Carlos susurraban sus promesas, un crujido resonó en la habitación de ella. don Ignacio, alertado por un presentimiento, irrumpió en la escena.

Sus ojos, inyectados de furia, se posaron en su hija, que se aferraba a la mano de Carlos a través del callejón.

—¡Maldita desagradecida! —gritó, a la vez que desenfundaba una daga que siempre llevaba consigo, un regalo de un socio español.

Ana, con el rostro pálido, intentó calmarlo, aunque la ira de su padre era imparable. En un movimiento ciego, la daga se hundió en el pecho de Ana, que cayó con un gemido. Carlos, al otro lado del callejón, gritó su nombre, pero sus manos no pudieron alcanzarla. don Ignacio, al darse cuenta de lo que había hecho, salió aprisa, mientras dejaba a su hija desangrándose en el suelo.

Carlos, con el corazón destrozado, saltó al balcón de Ana, al tiempo que desafiaba el abismo del callejón. La sostuvo en sus brazos, sus lágrimas mezclándose con la sangre de ella.

—Te amo —susurró Ana con su último aliento, mientras sus dedos se deslizaban de los de él.

Carlos, incapaz de soportar el dolor, la besó por última vez, un beso que parecía detener el tiempo. Luego, en un acto de desesperación, salió de la casa y corrió hacia la Mina de la Valenciana. Allí, en el borde del precipicio, se lanzó al vacío, buscaba reunirse con su amada en la eternidad.

La tragedia de Ana y Carlos se extendió por Guanajuato como el eco de un lamento. Los vecinos, horrorizados, comenzaron a contar la historia, adornándola con detalles que la hacían aún más desgarradora. El callejón, testigo mudo de su amor, fue bautizado como el Callejón del Beso, y pronto se convirtió en un lugar de peregrinación para los enamorados. Se decía que el espíritu de Ana aún vagaba por las noches, en busca de Carlos, y que el de él respondía con un susurro desde el otro balcón.

Con el tiempo, una tradición nació: las parejas que visitaran el callejón debían besarse en el tercer escalón, donde, según la leyenda, Ana y Carlos se habían dado su primer beso robado. Hacerlo aseguraba siete años de buena suerte en el amor; ignorarlo, siete años de desdicha. Los balcones, que seguían casi tocándose, se convirtieron en un símbolo de un amor que desafió la muerte.

Décadas después, en 1920, una joven pareja, María y Javier, llegó al callejón. María, una artista de Ciudad de México, había oído la leyenda y estaba fascinada por su melancolía. Javier, un músico callejero, la había convencido de visitar Guanajuato para inspirarse. Mientras subían los escalones, María sintió un escalofrío. «Dicen que, si no nos besamos, estaremos malditos», bromeó, aunque su voz temblaba. Javier, con una sonrisa, la tomó de la mano y la besó en el tercer escalón, bajo la mirada de los turistas y los vendedores de flores.

Esa noche, mientras dormían en una posada cercana, María soñó con Ana. La vio en el balcón, con un vestido blanco manchado de rojo, con la mano extendida al otro lado del callejón.

—No dejes que el miedo te robe el amor —le susurró.

María despertó con lágrimas en los ojos y una certeza: su amor por Javier era más fuerte que cualquier maldición. Al día siguiente, regresaron al callejón y dejaron una rosa en el tercer escalón, un homenaje a los amantes que habían dado su vida por amor.

Hoy, el Callejón del Beso sigue siendo un faro para los románticos. Las parejas llegan de todo el mundo, suben los escalones, y se besan con la esperanza que su amor sea tan eterno como el de Ana y Carlos. Las paredes, desgastadas por el tiempo, parecen susurrar la historia cada noche, y en las sombras, algunos juran haber visto dos siluetas en los balcones, tomadas de la mano, como si el callejón, con su magia, las hubiera reunido para siempre.



CAPÍTULO 11 **LA ISLA DE LAS MUÑEGAS**

El sol se deslizaba de manera lenta hacia el horizonte, tiñendo los canales de Xochimilco con tonos anaranjados y rosados. El agua, tranquila, reflejaba las siluetas de las trajineras que se deslizaban en forma perezosa entre las chinampas. En una de esas embarcaciones, Adriana, una joven periodista de veintiocho años, tomaba notas en su libreta mientras el trajinero, un hombre de piel curtida por el sol llamado Arturo, remaba con calma. Ella había llegado a México desde España para escribir una serie de artículos sobre leyendas urbanas, y la Isla de las Muñecas era su siguiente parada. Había oído hablar de ella: un lugar donde cientos, quizás miles, de muñecas colgaban de los árboles, sus rostros desvaídos y sus cuerpos mutilados por el tiempo. La historia de Don Julián Santana, el hombre que dedicó su vida a recolectarlas para apaciguar el espíritu de una niña ahogada, la había cautivado.

—¿Es cierto lo que dicen de la isla? —preguntó Adriana, ajustándose las gafas mientras el viento le revolvía el cabello castaño.

Arturo, con una sonrisa enigmática, respondió sin mirarla:

—Todo depende de lo que crea, señorita. Algunos dicen que las muñecas están vivas. Otros, que solo son pedazos de plástico y tela. Pero todos coinciden en una cosa: en esa isla, nunca estás solo.

Adriana esbozó una sonrisa escéptica. Como periodista, había aprendido a separar el folclore de la realidad, pero algo en la voz grave de Arturo y en la quietud de los canales le erizó la

piel. La trajinera dobló por un canal estrecho, flanqueado por sauces llorones y chinampas cubiertas de flores. Al fondo, una isla pequeña emergió entre la bruma vespertina. Los árboles estaban adornados con formas que, desde la distancia, parecían grotescas decoraciones. Al acercarse, vio que eran muñecas: algunas sin brazos, otras sin ojos, muchas con el cabello enmarañado y la pintura de sus rostros derretida por el sol y la lluvia.

—Hemos llegado —anunció Arturo, al tiempo que amarraba la trajinera a un tronco—. ¡La Isla de las Muñecas!

Adriana bajó con cuidado, mientras sentía la tierra blanda bajo sus botas. El aire era denso, cargado de un olor a humedad y podredumbre. Las muñecas colgaban por todas partes: de las ramas, de cuerdas deshilachadas, incluso clavadas en los troncos. Sus ojos vacíos parecían seguirla. Sacó su cámara y comenzó a tomar fotos, a la vez que trataba de ignorar la sensación que algo la observaba.

—Dicen que Don Julián murió aquí mismo, ahogado en el canal —dijo Arturo, al tiempo que señalaba el agua oscura que rodeaba la isla—. Algunos creen que la niña lo llamó.

Adriana asintió, mientras anotaba ese dato en su libreta. Había investigado la historia: Don Julián Santana, un hombre solitario, había encontrado el cuerpo de una niña en los años cincuenta. Obsesionado con su espíritu, recolectó muñecas durante décadas, convencido que así la apaciguaría. En 2001, lo encontraron muerto en el mismo lugar donde había hallado a la niña. La leyenda aseguraba que la isla estaba embrujada, que las muñecas se movían, susurraban, incluso abrían los ojos.

—Voy a quedarme un par de horas para tomar notas y fotos —dijo Adriana, mientras revisaba su grabadora de voz—. ¿Puede volver por mí antes que anochezca?

Arturo frunció el ceño.

—No me gusta dejar a la gente aquí sola. Este lugar... no es como las otras chinampas.

—Estaré bien —insistió Adriana, mientras forzaba una sonrisa—. Soy periodista, estoy acostumbrada a lugares extraños.

Arturo dudó, pero al fin asintió.

—Volveré en dos horas. Aunque si escucha algo raro, grite. El agua lleva los sonidos lejos.

Cuando la trajinera desapareció por el canal, Adriana se quedó sola en la isla. El silencio era opresivo, roto solo por el canto ocasional de un pájaro o el chapoteo del agua. Caminó entre los árboles, a la vez que tomaba notas sobre las muñecas: una con un solo ojo, otra con la cabeza torcida, otra más con una sonrisa grotesca pintada en la cara. Cada una parecía contar una historia propia, como si guardaran secretos que el tiempo no había borrado.

Mientras exploraba, encontró una pequeña choza de madera, la que alguna vez fue el hogar de Don Julián. La puerta estaba entreabierta, y el interior olía a mohó. Dentro, había una mesa cubierta de polvo, un catre deshecho y más muñecas apiladas en un rincón. Sobre la mesa, un cuaderno viejo llamó su atención. Lo abrió con cuidado; las páginas estaban llenas de garabatos y frases desordenadas: «Ella está aquí», «No me deja dormir», «Las muñecas la quieren». El corazón de Adriana dio un vuelco. Era la letra de Don Julián, o al menos eso supuso.

Un crujido fuera de la choza la hizo girar la cabeza. El viento, pensó. Pero cuando salió, todo estaba inmóvil. Las muñecas colgaban en silencio, sus ojos fijos en ella. Sacudió la cabeza, riéndose de sí misma.

—Demasiadas historias de fantasmas —murmuró, y siguió con su exploración.

El sol ya se había ocultado cuando Adriana se dio cuenta que habían pasado más de dos horas. Arturo no había regresado. Intentó llamarlo desde su celular, pero no había señal. La isla, rodeada de canales, parecía aislarla del mundo exterior. Decidió esperar junto al muelle improvisado, no obstante, la oscuridad comenzaba a envolverla, y con ella, una creciente sensación de inquietud.

Mientras esperaba, un susurro leve llegó desde los árboles. Era como el murmullo del viento, aunque más claro, casi humano. Adriana se giró, en busca la fuente, pero no vio nada más que las muñecas balanceándose con suavidad, aunque no había brisa. Su linterna iluminó sus rostros desvaídos, y por un momento, juró que una de ellas, una muñeca con un ojo de cristal, había girado la cabeza hacia ella.

—Esto es ridículo —se dijo, mientras trataba de calmarse.

Pero el susurro volvió, más insistente, como si varias voces hablaran al unísono. Aguzó el oído, para intentar descifrar las palabras. Sonaba como... ¿un canto? No, era más bien un lamento, un murmullo que parecía venir de todas partes y de ninguna.

Adriana decidió volver a la choza para protegerse del frío y esperar a Arturo. Al entrar, cerró la puerta tras de sí, pero el sonido de los susurros no cesó. Encendió su grabadora para documentar lo que escuchaba, aunque una parte de ella temía que no fuera solo su imaginación. Revisó el cuaderno de Don Julián otra vez, en busca de alguna pista. Entre las páginas, encontró un dibujo tosco de una niña con cabello largo y oscuro, rodeada de muñecas. Debajo, una frase: «Ella no descansa. Quiere que la vean».

Un golpe seco en la puerta la hizo saltar. La linterna tembló en su mano, a la vez que proyectaba sombras danzantes en las paredes.

—¿Arturo? —preguntó, pero no hubo respuesta.

El golpe se repitió, más fuerte. Con el corazón acelerado, abrió la puerta poco a poco. No había nadie. Solo las muñecas, que colgaban inmóviles bajo la luz de la luna.

Entonces, la vio: una muñeca que no había notado antes, sentada en el suelo cerca de la choza. Era diferente a las demás, casi nueva, con un vestido blanco y ojos de cristal que brillaban bajo la luz de la linterna. Adriana se acercó, intrigada. Al tocarla, sintió un frío que le recorrió la mano, como si la muñeca estuviera hecha de hielo. La levantó y, al hacerlo, un chillido agudo resonó en la isla, un sonido que no era humano ni animal. La muñeca se le cayó de las manos, y al golpear el suelo, sus ojos parecieron parpadear.

Adriana retrocedió, mientras tropezaba con una raíz. Los susurros se intensificaron, ahora más claros:

—Mírame... mírame...

Corrió hacia el muelle, desesperada por encontrar a Arturo, pero el canal estaba vacío. La oscuridad era total, y la linterna comenzaba a parpadear. De pronto, un reflejo en el agua llamó su atención. Se acercó al borde del canal y miró. No era su rostro lo que veía en el agua, sino el de una niña, pálida, con ojos hundidos, de cabello largo y mojado.

Adriana gritó, al tiempo que caía hacia atrás. La linterna se apagó, dejándola en la penumbra. Los susurros ahora eran un coro ensordecedor, y las muñecas parecían moverse, sus cabezas giraban con un balanceo suave hacia ella. Sin perder tiempo, corrió hacia la choza, el único lugar que le ofrecía algo de refugio; después de cerrar la puerta, la atoró con una silla.

Sentada en el suelo, con la respiración entrecortada, intentó racionalizar lo que sucedía.

—Es el cansancio, el estrés, la sugestión —se repetía.

Pero los golpes en la puerta volvieron, más insistentes, acompañados de risas infantiles que helaban la sangre. Adriana tomó el cuaderno de Don Julián y lo hojeó de manera frenética, en busca de algo que explicara lo que acababa de suceder. Encontró una última anotación, escrita con mano temblorosa: «Ella no quiere muñecas. Quiere compañía».

Los golpes cesaron de repente, y el silencio que siguió fue aún más aterrador. Adriana se armó de valor y decidió salir. Si iba a enfrentar lo que fuera que habitaba la isla, no lo haría escondida. Tomó una vela que encontró en la choza, la encendió y salió al exterior. La luna iluminaba las muñecas, que ahora parecían más vivas que nunca. Sus ojos brillaban, y algunas parecían susurrar entre sí.

Caminó hacia el canal, donde había visto el reflejo de la niña. Allí, junto al agua, estaba la muñeca de vestido blanco, como si alguien la hubiera colocado de nuevo. Adriana se acercó con cautela, mientras sentía que cada paso la llevaba más cerca de algo que no podía comprender. Al agacharse para recogerla, el agua del canal comenzó a agitarse. Una mano pequeña y pálida emergió, seguida de un rostro: la niña del reflejo, con ojos vacíos y una sonrisa triste.

Adriana quiso gritar, sin embargo, su voz se ahogó en la garganta. La niña no parecía amenazante. Extendió una mano hacia la joven, como si quisiera mostrarle algo. Contra todo instinto, La periodista tomó la mano fría y húmeda. En ese momento, imágenes inundaron su mente: una niña que jugaba cerca del canal, una caída, el agua llenándole los pulmones, el terror, y luego la soledad infinita. Pero también vio a Don Julián, quien buscaba de manera incansable muñecas, convencido que así ayudaría a la niña a encontrar paz.

—No quieres muñecas, ¿verdad? —susurró Adriana, que comprendía al fin—. Quieres que alguien te recuerde.

La niña asintió con un movimiento leve, y una lágrima rodó por su mejilla pálida. Las muñecas de la isla comenzaron a moverse, no con amenaza, sino como si despertaran de un largo sueño. Sus susurros se transformaron en un canto suave, casi una melodía. Adriana sintió una calma extraña, como si la isla misma estuviera agradecida.

—Te prometo que contaré tu historia —dijo Adriana, con voz firme—. Todos sabrán quién eres.

La niña sonrió, y su figura comenzó a desvanecerse, disolviéndose en el agua como si nunca hubiera estado allí. Las muñecas volvieron a su quietud, y el aire se sintió más ligero. Adriana oyó el sonido de una trajinera acercándose. Era Arturo, con una expresión de alivio al verla.

—¡Señorita! Pensé que no la encontraría. La corriente me llevó por otro canal, y luego... bueno, este lugar siempre hace cosas raras.

Adriana subió a la trajinera sin decir mucho. Mientras se alejaban, miró hacia la isla. Las muñecas seguían allí, pero ya no parecían amenazantes. Eran guardianas de una memoria, testigos de una niña que solo quería ser recordada.

De vuelta en su hotel, Adriana escribió su artículo, pero no como una simple crónica de una leyenda. Contó la historia de la niña, de su soledad, de su necesidad de ser vista. Publicó el artículo con el título «La Niña de Xochimilco», y pronto se volvió viral. Turistas y locales comenzaron a visitar la isla, no solo por su misterio, sino para dejar flores y pequeñas ofrendas en el canal, en memoria de la niña.

Adriana regresó a España, pero nunca olvidó aquella noche. A veces, en sueños, veía a la niña, sonriente desde el agua, y a las muñecas que cantaban una melodía que resonaba en su corazón. La Isla de las Muñecas se transformó de un sitio de terror

LEYENDAS DEL MÉXICO ANTIGUO

en un símbolo que incluso las almas más atormentadas anhelan, en última instancia, un momento de calma.



CAPÍTULO 12 **EL CHUPACABRAS**

En un pequeño pueblo al pie de la Sierra Madre Occidental, en el corazón de Durango, México, la vida transcurría con la calma de los días soleados y las noches estrelladas. Gómez Palacio era un lugar donde todos se conocían, donde las historias se contaban alrededor de fogatas y las leyendas parecían cobrar vida en las sombras de los cerros. Era el verano de 1996, y el aire estaba cargado de rumores. Desde hacía semanas, los ganaderos de la región murmuraban sobre algo que acechaba en la oscuridad, algo que dejaba a sus animales sin vida, con extrañas marcas en el cuello y la sangre drenada en su totalidad. Lo llamaban: «El chupacabras».

Antonio Castro, un joven de 17 años, vivía con su abuelo, Don Beto, en una modesta casa de adobe al borde del pueblo. El joven era curioso, con una mente inquieta que devoraba libros y cuestionaba todo. El anciano, por otro lado, era un hombre de pocas palabras, pero sus ojos guardaban la sabiduría de quien ha vivido muchas historias. Cada noche, frente al fogón, el viejo contaba relatos de duendes, nahuales y brujas que habitaban los cerros. Sin embargo, cuando el tema del chupacabras surgía, fruncía el ceño y cambiaba de tema.

—Hay cosas que es mejor no despertar, hijo —decía, y su voz temblaba de un modo que hacía estremecer a Antonio.

Esa noche, mientras el viento ululaba entre los pinos, Antonio no podía dormir. Las historias del chupacabras lo perseguían. En el pueblo, la histeria crecía: los perros ladraban sin cesar, los gallineros amanecían vacíos, y los ganaderos juraban haber visto una figura escurridiza, con ojos rojos como brasas, deslizándose entre los matorrales. La semana anterior, Don Chucho, el vecino más cercano, había encontrado tres de sus cabras muertas, con dos pequeños orificios en el cuello y sin una

gota de sangre alrededor. «No es coyote, no es lobo», había dicho Don Chucho en la plaza, con la voz quebrada. «Es el maldito chupacabras».

Antonio decidió que no podía quedarse de brazos cruzados. Quería respuestas. Si el chupacabras era real, él lo descubriría. Si era un mito, lo desenmascararía. Al día siguiente, convenció a su mejor amigo, Armando, un chico valiente pero supersticioso, y a su prima Lola, una muchacha astuta que siempre llevaba una linterna y un cuaderno donde anotaba todo, para que lo acompañaran a investigar.

—Vamos a los cerros esta noche —propuso Antonio—. Si el chupacabras está ahí, lo encontraremos.

Armando palideció.

—¿Y si nos chupa la sangre? —balbuceó.

Lucía, en cambio, sonrió con picardía.

—Si existe, lo atraparemos. Y si no, al menos tendremos una buena historia que contar.

Don Beto, al enterarse del plan, intentó disuadirlos.

—No vayan a meterse con lo que no entienden —advirtió, pero los jóvenes, llenos de arrojo y curiosidad, ignoraron sus palabras.

Al caer la noche, los tres amigos se reunieron en las afueras del pueblo, armados con linternas, una cuerda, un cuchillo de cocina que Armando insistió en llevar, y el cuaderno de Lucía. La luna llena bañaba los cerros con una luz plateada, lo que hacía que las sombras de los árboles parecieran moverse como criaturas vivas. El aire olía a tierra húmeda y a pino, pero había algo más, un olor metálico y extraño que ponía los nervios de punta.

Caminaron en silencio, mientras seguían un sendero que los llevaba hacia el corral de Don Chucho, donde los últimos ataques habían ocurrido. Armando no dejaba de mirar hacia atrás, al tiempo que murmuraba oraciones que había aprendido de su abuela. Lola, en cambio, tomaba notas de manera frenética, anotaba cada sonido, cada sombra. Antonio lideraba el grupo, con el corazón que latía fuerte, pero decidido a no mostrar miedo.

Llegaron al corral, un cercado de madera rodeado de matorrales. Las cabras restantes balaban nerviosas, y el aire estaba cargado de una tensión que erizaba la piel.

—Aquí es donde lo vieron —susurró Antonio, a la vez que señalaba un claro donde la hierba estaba aplastada.

Lucía examinó el suelo con su linterna y encontró algo que hizo que su rostro se tensara: huellas de pisadas frescas de un animal extraño que no reconocía.

—Estas no son pisadas de coyote —dijo, con la voz temblorosa por primera vez.

De pronto, un crujido resonó desde los matorrales. Los tres se quedaron petrificados. Armando levantó el cuchillo, aunque sus manos temblaban tanto que apenas podía sostenerlo. Antonio apagó su linterna y les hizo una seña para que guardaran silencio. Entonces lo escucharon: un siseo bajo, como el de una serpiente, pero más grave, más gutural. Los ojos de Lola se abrieron de par en par cuando su linterna iluminó algo entre los arbustos: dos puntos rojos que brillaban en la oscuridad.

—¡Es él! —gritó Armando, mientras retrocedía.

Pero Antonio, en un arranque de valentía, dio un paso adelante.

—¡Muéstrate! —exclamó, aunque su voz se quebró al final.

Los puntos rojos desaparecieron, y el siseo se desvaneció en el viento. Por un momento, todo quedó en silencio. Luego, un chillido agudo rompió la quietud, seguido del balido desesperado de una cabra. Los tres corrieron hacia el corral, donde encontraron una escena que les heló la sangre: una cabra yacía en el suelo, inmóvil, con dos pequeños orificios en el cuello. No había sangre alrededor, solo unas gotas en la tierra seca, como si algo la hubiera absorbido por completo.

Lucía, con las manos temblorosas, tomó fotos con una pequeña cámara que llevaba en su mochila.

—Esto es real —murmuró, más para sí misma que para los demás.

Armando estaba al borde del llanto, y Antonio, aunque intentaba mantenerse firme, sentía que el mundo se tambaleaba bajo sus pies.

—Tenemos que seguirlo —dijo, a la vez que señalaba las huellas que se alejaban del corral hacia el bosque.

Eran huellas extrañas, con garras largas y un patrón que no se parecía al de ningún animal conocido.

El trío siguió el rastro, adentrándose en el bosque. Los árboles se cerraban sobre ellos, y la luz de la luna apenas alcanzaba a filtrarse entre las ramas. El siseo volvió, ahora más cerca, y con él, el olor metálico se intensificó. De pronto, Lola tropezó con algo y cayó al suelo. Cuando iluminó el lugar, encontraron un hueso, limpio y seco, como si hubiera sido lamido hasta el último rastro de carne.

—Esto no es normal —susurró Armando, y por primera vez, Antonio sintió que tal vez habían ido demasiado lejos.

El siseo se convirtió en un rugido bajo, y los matorrales a su alrededor comenzaron a moverse. Los tres se agruparon, espalda con espalda, mientras los ojos rojos reaparecieron, esta vez

acompañados de un contorno escamoso, con púas que se alzaban como una cresta. La criatura era pequeña, no más grande que un perro mediano, pero su presencia era aterradora. Sus movimientos eran rápidos, casi sobrenaturales, y su aliento olía a muerte.

—¡Corre! —gritó Lola, y los tres echaron a correr, mientras tropezaban con raíces y ramas. La criatura los seguía, mientras rasgaba la tierra con sus garras. Antonio sintió que el corazón le iba a estallar, pero no podía detenerse. Corrieron hasta llegar a un claro donde una cueva se abría en la ladera de un cerro. Sin pensarlo, se arrojaron dentro, mientras rezaban para que la criatura no los siguiera.

Dentro de la cueva, el aire era frío y húmedo. Los tres jadearon, al intentar recuperar el aliento. Lola revisó su cuaderno, donde había garabateado un dibujo rápido de lo que habían visto.

—No es un coyote —dijo, con la voz entrecortada—. No es un perro con sarna. Esto es... algo más.

Mientras recuperaban el aliento, Antonio notó algo extraño en la cueva. Las paredes estaban cubiertas de marcas, como si algo hubiera estado arañándolas durante años. En el fondo, encontraron un montón de huesos, algunos de animales pequeños, otros más grandes, todos limpios de carne y sangre. Pero lo que más los sorprendió fue un altar improvisado: una roca plana con dibujos tallados que parecían representar a la criatura que los había perseguido. Alrededor del altar, había ofrendas: plumas, flores secas y pequeños frascos llenos de un líquido oscuro que parecía sangre.

—Esto no es solo una bestia —murmuró Lola—. Alguien sabe de su existencia. Alguien la venera. Armando, aún tembloroso, señaló una inscripción en la roca: «El guardián de la sierra». Las palabras estaban talladas con torpeza, como si hubieran sido hechas por alguien con prisa.

Antes que pudieran procesar lo que veían, un ruido los hizo girar. Don Beto estaba en la entrada de la cueva, con una linterna en una mano y un rifle en la otra. Su rostro estaba serio, pero no sorprendido.

—Les dije que no se metieran con lo que no entienden —dijo. Los chicos, atónitos, intentaron explicarse, pero Don Beto los interrumpió—. El chupacabras no es un monstruo. Es un guardián. Esta tierra tiene secretos, y él los protege.

El viejo les contó una historia que nunca había compartido. Hace generaciones, los habitantes de Gómez Palacio habían hecho un pacto con una entidad antigua, un espíritu de la sierra que tomaba la forma de una criatura para proteger los cerros de quienes intentaban saquearlos. Los mineros, los taladores, los forasteros que llegaban con codicia: todos habían enfrentado al guardián. Pero con el tiempo, el pueblo olvidó el pacto, y la criatura comenzó a atacar el ganado, confundida por la presencia de los humanos que ya no respetaban la tierra.

—El chupacabras no es malo —dijo Don Beto—. Solo está perdido, como nosotros. Pero si lo enfrentan con miedo o violencia, él responderá igual.

Les explicó que las ofrendas en la cueva eran su manera de calmar al guardián, de recordarle que el pueblo aún respetaba la sierra.

Antonio, Lola y Armando escuchaban en silencio, divididos entre el miedo y la fascinación. Don Beto les hizo prometer que guardarían el secreto y que no volverían a buscar al chupacabras.

—Dejen que la sierra se cuide sola —dijo—. Y si quieren ayudar, traigan una ofrenda mañana. Algo pequeño, algo de corazón.

Los chicos regresaron al pueblo al amanecer, con la mente llena de preguntas y el corazón aún acelerado. Al día siguiente, volvieron a la cueva en secreto, llevaban plumas y una pequeña

piedra que Lucía había tallado con un símbolo de paz. No volvieron a ver al chupacabras, pero los ataques cesaron en Gómez Palacio. Los rumores se desvanecieron, y la leyenda del chupacabras pasó a ser solo una historia más, contada con una mezcla de miedo y respeto.

Antonio, Lola y Armando nunca hablaron de lo que vieron en la cueva, pero algo cambió en ellos. Cada vez que miraban los cerros, sentían una conexión profunda con la tierra, como si el guardián aún los observara desde las sombras, asegurándose que su secreto estuviera a salvo.



CAPÍTULO 13 **LA FLOR DE CEMPASÚCHIL**

En un pueblo olvidado por el tiempo, donde las montañas tocaban el cielo y los ríos cantaban melodías antiguas, vivían Xóchitl y Huitzilin, dos almas destinadas a encontrarse. Desde niños, sus corazones latían al unísono, como si el universo hubiera tejido sus destinos con hilos de luz. Ella, con su cabello negro como la obsidiana y sus ojos llenos de sueños, tenía una risa que parecía convocar la primavera. Él, ágil y valiente, con un espíritu inquieto como el viento, encontraba en las flores su refugio y en su amada, su hogar.

Cada amanecer, los dos subían la colina sagrada que se alzaba al borde del pueblo, un lugar donde la tierra parecía susurrar secretos antiguos. Allí, frente a una piedra tallada con símbolos del sol, dejaban ofrendas de flores silvestres al dios Tonatiuh, señor de la luz y guardián del cielo. Xóchitl arrancaba con cuidado las flores más hermosas, para tejer guirnaldas que colocaba con reverencia, mientras Huitzilin narraba historias de héroes y dioses, sus palabras danzaban con la brisa. Juntos, soñaban con un mundo donde el amor no conociera límites, donde ni el tiempo ni la muerte pudieran separarlos.

El pueblo, impregnado de las tradiciones de sus ancestros, vivía en armonía con la naturaleza. Las flores eran más que adornos; eran puentes entre los vivos y los espíritus, mensajes de amor que viajaban al Mictlán, el inframundo, o al Tlalocan, el paraíso acuático. Entre todas, las flores amarillas, con su brillo dorado, eran las favoritas de Xóchitl.

—Son como pedazos del sol caídos a la tierra —decía, mientras Huitzilin sonreía y prometía regalarle un campo entero de esas flores algún día.

Pero la paz del pueblo no duraría para siempre. Rumores de guerra llegaron desde tierras lejanas, traídos por mensajeros con rostros sombríos. Un reino vecino, codicioso y cruel, amenazaba con invadir las tierras sagradas. Los hombres jóvenes, incluidos Huitzilin, fueron llamados a defender el honor de su pueblo. Xóchitl, con el corazón apretado, lo despidió en la colina sagrada, bajo la mirada de Tonatiuh.

—Volveré, Xóchitl —prometió Huitzilin, al tiempo que tomaba sus manos—. Y cuando lo haga, te traeré una flor que nunca marchite, una que guarde nuestro amor para siempre.

Ella asintió, aunque un presentimiento oscuro nublabo sus ojos.

Los días se convirtieron en semanas, y las semanas en meses. Xóchitl subía sola a la colina cada amanecer, para llevar flores al altar de Tonatiuh, mientras rogaba por el regreso de Huitzilin. El pueblo, sumido en la espera, se llenó de silencio. Las risas de los niños se apagaron, y las noches se volvieron más largas, como si el sol mismo dudara en salir. Ella, sin embargo, no perdía la esperanza. Cada flor que dejaba en el altar era una plegaria, un mensaje que confiaba llegaría a Huitzilin, dondequiera que estuviera.

Una tarde, mientras el cielo se teñía de rojo, un mensajero llegó al pueblo. Su rostro, cubierto de polvo y tristeza, no auguraba buenas noticias. Huitzilin había caído en la batalla, herido de muerte al proteger a sus compañeros. Su cuerpo, dijo el mensajero, reposaba ahora bajo un cielo lejano, en una tierra que no conocía las flores de su hogar. El corazón de Xóchitl se rompió en mil pedazos, como un espejo de obsidiana golpeado por un rayo. Corrió a la colina sagrada, mientras ignoraba las lágrimas que caían como lluvia, y se postró ante el altar de Tonatiuh.

—Oh, gran Tonatiuh, señor de la luz y la vida —suplicó, con la voz rota por el dolor—. Si no puedes devolverme a Huitzilin, al menos únenos para siempre. No puedo vivir sin él, ni en este mundo ni en ningún otro.

El viento sopló con fuerza, al tiempo que llevaba sus palabras hacia el cielo, y el sol pareció brillar con más intensidad, como si escuchara su ruego. Xóchitl permaneció allí, inmóvil, hasta que la noche cubrió la colina con su manto estrellado.

Al día siguiente, algo extraño sucedió. Donde Xóchitl había derramado sus lágrimas, una planta desconocida comenzó a crecer. Sus tallos eran fuertes, sus hojas verdes y vibrantes, pero aún no tenía flores. Los ancianos del pueblo, versados en los misterios de la naturaleza, susurraron que era un signo, un mensaje de los dioses. Ella, sin embargo, no podía verlo como tal. Para ella, el mundo había perdido su color. Pasaba los días junto a la planta, hablándole como si fuera Huitzilin, contándole sus recuerdos y sus sueños rotos.

Mientras tanto, en el Mictlán, el alma de Huitzilin vagaba inquieta. Había cruzado el río de los muertos y enfrentado las pruebas del inframundo, pero su corazón no encontraba paz. Cada noche, soñaba con Xóchitl, con su risa y las flores que juntos ofrecían al sol. Una noche, un colibrí de plumaje iridiscente se le apareció en el Mictlán.

—Huitzilin —dijo el colibrí con una voz que resonaba como el eco de las estrellas—. Tu amor por Xóchitl ha conmovido a los dioses. Tonatiuh te ofrece una oportunidad: regresar al mundo de los vivos, pero no como hombre, sino como un mensajero alado. Si tu amor es verdadero, encontrarás el camino hacia ella.

Huitzilin, sin dudarle, aceptó. Su alma se transformó en un colibrí, ligero como el viento, con plumas que brillaban como el sol. Voló a través de los mundos, guiado por un anhelo que ni la muerte podía apagar, hasta llegar al pueblo donde Xóchitl lo esperaba.

Era el amanecer del día en que los vivos honraban a los muertos, una celebración que llenaba el pueblo de altares adornados con flores, comida y velas. Xóchitl, sin embargo, no participaba en los preparativos. Su corazón, atrapado en el dolor, solo encontraba consuelo junto a la planta misteriosa que había crecido en la colina. Aquel día, mientras el sol despuntaba, algo extraordinario ocurrió. La planta, que hasta entonces no había florecido, comenzó a abrirse en capullos amarillos, cada uno con pétalos que parecían capturar la luz del sol. Eran flores de un amarillo tan intenso que parecían pequeñas llamas, y su aroma llenaba el aire con una dulzura que traía paz al corazón.

Ella, maravillada, tocó los pétalos con dedos temblorosos. En ese momento, un colibrí descendió del cielo, sus alas que zumbaban como un canto antiguo. Se posó de manera suave sobre una de las flores, y al hacerlo, los pétalos se abrieron aún más, a la vez que liberaban un aroma que envolvió a Xóchitl como un abrazo. Ella supo, en lo más profundo de su alma, que aquel colibrí era Huitzilin. Las lágrimas volvieron a sus ojos, pero esta vez no eran de tristeza, sino de una alegría que trascendía los mundos.

—Oh, Huitzilin —susurró—. Has cumplido tu promesa. Me has traído una flor que nunca marchitará.

El colibrí revoloteó a su alrededor, como si danzara, y luego se elevó hacia el cielo, mientras desaparecía en un rayo de sol. Xóchitl sintió una calidez en su pecho, como si una parte de Huitzilin se hubiera quedado con ella, unida para siempre en la esencia de aquella flor.

Los ancianos del pueblo, al ver las flores amarillas y anaranjadas, las llamaron «cempasúchil», que en la lengua antigua significaba «flor de veinte pétalos». Declararon que eran un regalo de Tonatiuh, un puente entre los vivos y los muertos. Desde entonces, cada año, durante el Día de Muertos, los caminos del pueblo se cubrían de pétalos de cempasúchil, para

guiar a las almas de los difuntos de regreso a sus seres queridos. Xóchitl, ahora una anciana sabia, enseñó a las nuevas generaciones la historia de su amor, asegurándose que la leyenda de la flor viviera para siempre.

Y así, la flor de cempasúchil se convirtió en un símbolo de amor eterno, un recordatorio que ni la muerte puede separar a quienes se aman de verdad. Cada noviembre, cuando los pétalos amarillos y anaranjados cubren los altares y los colibríes revolotean entre las flores, Xóchitl y Huitzilin se reencuentran, en un abrazo que trasciende el tiempo y une los mundos.



CAPÍTULO 14 **LA MANO EN LA REJA**

En la Morelia virreinal del siglo XVIII, cuando las calles empedradas resonaban con el paso de los carruajes y los atardeceres bañaban de oro las cúpulas de las iglesias, vivía don Juan Núñez de Castro, un hombre acaudalado cuya fortuna provenía de las minas de plata de Guanajuato. Él era conocido no solo por su riqueza, sino también por su carácter reservado y su devoción por su familia. Había enviudado hacía algunos años tras la muerte de su primera esposa, doña Leonor del Paso, una mujer de belleza serena y bondad inigualable. De aquella unión nació una hija, también llamada Leonor, quien heredó los rasgos delicados de su madre y un espíritu lleno de vida.

Leonor creció en una casona de piedra en la Calzada de Fray Antonio de San Miguel, un lugar imponente con muros altos y ventanas enrejadas que parecían guardar secretos antiguos. La joven, de apenas dieciséis años, tenía el cabello negro como la noche y unos ojos que parecían reflejar las estrellas. Su risa llenaba los pasillos de la casona, y su bondad conquistaba a los criados, quienes la veían como un rayo de luz en una casa que, tras la muerte de su madre, había quedado sumida en una penumbra silenciosa.

Don Juan, aún joven pero endurecido por el dolor de la pérdida, decidió casarse de nuevo. Su nueva esposa fue doña Margarita de la Vega, una mujer de belleza fría y temperamento autoritario. Ella era viuda de un comerciante español y traía consigo un aire de sofisticación que contrastaba con la calidez de la difunta Leonor. Los rumores en Morelia decían que la mujer había aceptado el matrimonio

no por amor, sino por la riqueza y el estatus de don Juan. Desde el primer día, su presencia en la casona trajo un cambio: las risas se apagaron, los criados caminaban con cautela, y una sombra de tensión se instaló en el hogar.

Leonor, sin embargo, intentó llevarse bien con su madrastra. Con su carácter dulce, le llevaba flores del jardín, le ayudaba a organizar las fiestas que ofrecían y escuchaba con paciencia sus interminables quejas. Pero Margarita, lejos de corresponder, veía en su hijastra una amenaza. La belleza de la joven, su gracia natural y la adoración que inspiraba en todos los que la conocían despertaban en ella una envidia corrosiva. Cada mirada de admiración hacia la joven era, para la madrastra, un recordatorio de su propia inseguridad.

Una tarde, mientras paseaba por la Calzada de Fray Antonio de San Miguel, Leonor atrajo la atención de Manrique de la Serna y Frías, un capitán de la guardia virreinal. Él era un hombre joven, de porte gallardo, con ojos oscuros y un aire de nobleza que lo distinguía entre los soldados. Había llegado a Morelia para supervisar la seguridad de la ciudad, pero al ver a la joven, su corazón quedó atrapado. Ella, con un vestido azul que ondeaba al viento, parecía una visión sacada de un sueño. El capitán se acercó con una excusa trivial —preguntarle por una calle— y pronto ambos entablaron una conversación que fluyó como si se conocieran de siempre.

Desde ese día, los encuentros entre Leonor y Manrique se volvieron frecuentes, aunque discretos. Se veían en la plaza, cerca de la catedral, o en las sombras de la Calzada, donde los árboles centenarios ofrecían refugio a su naciente

amor. Pero el destino, siempre caprichoso, tenía otros planes.

Doña Margarita, cuya envidia crecía como una maleza, comenzó a sospechar de las ausencias de Leonor. Una noche, mientras la joven regresaba de uno de sus encuentros con Manrique, la madrastra la interceptó en el patio de la casona. Sus ojos brillaban con una furia contenida.

—¿Dónde has estado, niña? —preguntó con una voz que cortaba como el filo de un cuchillo.

Leonor, sorprendida, balbuceó una excusa sobre haber ido a rezar a la catedral. Pero Margarita no era fácil de engañar. Contrató a una criada de confianza para que siguiera a la joven, y pronto descubrió la verdad: ella y Manrique se veían en secreto, susurrándose promesas de amor a través de la ventana enrejada del sótano, un lugar olvidado donde los criados almacenaban trastos y provisiones.

La revelación desató en Margarita un torbellino de celos. No solo envidiaba la belleza de Leonor, sino también la pasión que había encontrado, algo que ella, atrapada en un matrimonio sin amor, nunca había conocido. Decidió actuar con una crueldad que nadie en la casona pudo haber anticipado.

Una noche, mientras don Juan estaba de viaje en Guanajuato para supervisar sus minas, Margarita ordenó a los criados que encerraran a Leonor en el sótano. La joven, confundida y asustada, fue arrastrada hasta aquel lugar húmedo y oscuro, donde la luz apenas se filtraba por las rejas oxidadas de la ventana. La madrastra, con una sonrisa

gélida, cerró la puerta con llave y prohibió a los criados darle comida o agua.

—¡Que aprenda a no desafiarme! —gritó, mientras los sirvientes, intimidados, bajaban la mirada.

Leonor, sola en la penumbra, golpeó la puerta y gritó hasta que su voz se quebró. Los días pasaron, y el hambre y la sed comenzaron a consumirla. En su desesperación, logró arrancar uno de los maderos podridos de la ventana que daba a la Calzada. Extendió su mano temblorosa a través de la reja, para suplicar a los transeúntes que pasaban por la calle.

—Un poco de pan y agua, por el amor de Dios, que me muero —susurraba con voz rota.

Algunos vecinos, al escuchar su voz, se detuvieron, aunque nadie se atrevió a intervenir. Los rumores comenzaron a circular por Morelia: decían que una joven estaba encerrada en la casona de don Juan, pero Margarita, astuta, se presentó ante las autoridades y los convenció que todo era una invención de los chismosos. Su posición social y su habilidad para manipular le ganaron la credulidad de los oficiales, quienes desestimaron las acusaciones.

Mientras tanto, Manrique, que había sido enviado a una misión en Pátzcuaro, no sabía nada del destino de su amada. Cada noche, al regresar a su cuartel, miraba hacia la Calzada, a la espera de ver a Leonor en su ventana. Pero la ventana permanecía cerrada, y un mal presentimiento comenzó a crecer en su corazón.

En el sótano, Leonor se debilitaba con cada hora. Sus manos, antes suaves y delicadas, estaban ahora ásperas y

ensangrentadas de tanto arañar la madera y la piedra. Sus súplicas se volvieron más débiles, hasta que una noche, bajo la luz de una luna pálida, su cuerpo no pudo más. Con un último suspiro, Leonor se desplomó junto a la ventana, su mano aún extendida hacia la reja, como si en su último instante hubiera esperado un milagro.

Cuando don Juan regresó a Morelia, una sensación de inquietud lo invadió al entrar en la casona. La ausencia de Leonor era palpable, y los criados, con rostros llenos de culpa, no se atrevían a mirarlo a los ojos. Exigió respuestas, pero Margarita, con una calma escalofriante, le dijo que Leonor había huido con un amante desconocido. Don Juan, incrédulo, ordenó registrar la casa. Fue entonces cuando uno de los criados, incapaz de soportar el peso de su silencio, confesó la verdad.

Con el corazón destrozado, don Juan bajó al sótano y encontró a su hija, pálida y sin vida, tendida junto a la ventana. La reja aún mostraba las marcas de sus dedos, y un trozo de pan, arrojado por algún transeúnte compasivo, yacía cerca de su mano inerte. Don Juan cayó de rodillas, mientras lloraba con una angustia que resonó en los muros de piedra.

Manrique, alertado por un amigo, llegó a la casona poco después. Al ver a Leonor, su rostro se endureció, pero sus ojos se llenaron de lágrimas. No podía aceptar que su amor, tan lleno de promesas, hubiera terminado en tragedia. En un acto de desafío al destino, decidió cumplir la promesa que le había hecho a Leonor: se casarían, aunque fuera en la muerte.

Con la ayuda de un sacerdote amigo, el capitán llevó el cuerpo de Leonor al Santuario Guadalupano. Allí, en una ceremonia silenciosa y cargada de dolor, se celebró una boda póstuma. Manrique, vestido con su uniforme de gala, colocó un anillo en el dedo frío de Leonor, mientras juraba amarla más allá de la vida. Los pocos asistentes, conmovidos, apenas podían contener las lágrimas.

Tras la ceremonia, Manrique llevó el cuerpo de Leonor a la Calzada de Fray Antonio de San Miguel. Bajo el último árbol, un roble anciano que parecía custodiar los secretos de la ciudad, cavó una tumba y sepultó a su amada. Mientras cubría la tierra, susurró una última promesa: nunca la olvidaría.

Los años pasaron, pero la historia de Leonor no se desvaneció. Los habitantes de Morelia comenzaron a contar que, después de las 8:30 de la noche, una mano pálida y huesuda aparecía en la tercera ventana del sótano de la casona, acompañada de una voz tenue que suplicaba: «Un poco de pan por el amor de Dios, que me muero». Los valientes que se atrevían a pasar por la Calzada aseguraban haber visto la mano, y algunos incluso decían haber sentido un frío sobrenatural al acercarse.

Doña Margarita, consumida por la culpa, abandonó Morelia poco después de la tragedia. Se decía que enloqueció y que, dondequiera que iba, escuchaba la voz de Leonor pidiéndole pan. Don Juan, por su parte, vivió el resto de sus días en soledad, siempre visitaba la tumba de su hija al atardecer, para dejar flores frescas bajo el roble.

Manrique nunca se casó. Se convirtió en un hombre taciturno, siempre vestido de negro, y cada año, en el

aniversario de la muerte de Leonor, regresaba a la Calzada para rezar junto al roble. Los vecinos decían que, en esas noches, la mano no aparecía, como si el espíritu de Leonor encontrara paz en la presencia de su amado.

La casona, con el tiempo, quedó en el abandono, pero la leyenda de la mano en la reja perduró. Los morelianos, generación tras generación, contaban la historia, y la Calzada de Fray Antonio de San Miguel se convirtió en un lugar de misterio y reverencia. Hasta hoy, los transeúntes evitan pasar por la tercera ventana después del anochecer, y los niños, en susurros, repiten la súplica de Leonor, al tiempo que aseguran que su espíritu aún busca justicia, amor y un poco de pan.



EPÍLOGO

Cuando cierres este libro, el silencio que quedará en la habitación no será vacío. Será un silencio lleno de ecos: el lamento lejano de una mujer junto al río, el galope sordo de un jinete negro en la sierra, el susurro de una mano pálida que aún pide pan por el amor de Dios. Esos sonidos no desaparecen al pasar la última página; se quedan contigo, como viejos conocidos que se despiden en la puerta, pero prometen volver.

Hemos caminado juntos por trece senderos oscuros de nuestra historia. Hemos llorado con La Llorona, hemos temblado ante el Charro Negro, hemos sentido el frío de la mano en la reja de Morelia y hemos sonreído con ternura ante la flor de cempasúchil que brotó de lágrimas de amor. Cada leyenda, cada relato, es una herida y una cicatriz al mismo tiempo: nos duele porque nos recuerda lo que fuimos capaces de hacer por envidia, por codicia, por miedo o por amor; nos sana porque nos muestra que, incluso en la oscuridad más profunda, siempre hay un hilo de luz, una ofrenda, una promesa, una flor amarilla que no se marchita.

México no es un país de fantasmas. Es un país de espíritus que se niegan a ser olvidados. Aquí no enterramos a nuestros muertos: los invitamos a cenar una vez al año. No huimos de la muerte: le ponemos música, le cocinamos su platillo favorito, le dejamos un vaso de tequila y un cigarro encendido. Nuestras leyendas no son escapismo; son memoria activa. Son la forma en que decimos: «Aquí estamos, y no nos vamos a ir».

Al terminar estas páginas, tal vez mires alrededor y sientas que algo ha cambiado. Quizás la próxima vez que pases por un callejón angosto en Guanajuato, te detengas un segundo y pienses en Ana y Carlos. Tal vez, al ver una muñeca vieja en un mercado de pulgas, recuerdes la niña de Xochimilco que solo

quería ser vista. Tal vez, cuando coloques cempasúchil en tu altar este noviembre, sientas que no solo estás honrando a los tuyos, sino también a Xóchitl, que esperó bajo el sol hasta que el amor encontró la forma de regresar.

Estas leyendas no necesitan que creas en ellas para existir. Existen porque nosotros existimos. Porque seguimos contando, seguimos temiendo, seguimos amando y seguimos llorando de la misma manera que lo hicieron nuestros abuelos. Porque en México el miedo no nos paraliza: nos enseña a ser valientes. La tragedia no nos destruye: nos enseña a ser compasivos. La muerte no nos vence: nos enseña a celebrar la vida.

Así que cuando salgas a la calle esta noche, cuando el viento mueva las cortinas o cuando escuches un ruido inexplicable en la oscuridad, no te apresures a encender la luz. Detente un momento. Respira. Escucha. Tal vez sea La Planchada ajustando las almohadas de alguien que sufre. Tal vez sea un alux que cuida tu milpa. Tal vez sea solo el viento... o tal vez no.

Y si sientes un escalofrío, sonríe. Porque significa que sigues conectado. Que tu sangre todavía recuerda. Que tu alma todavía escucha.

Gracias por haber caminado conmigo por estos senderos. Que las leyendas te acompañen, te asusten, te conmuevan y, sobre todo, te recuerden quién eres.

Hasta la próxima noche sin luna.

El Autor.

AGRADECIMIENTO

A ti, que sostienes este libro entre tus manos, que has decidido abrir sus páginas y permitir que estas trece leyendas mexicanas entren en tu vida: gracias. De corazón.

Leyendas de México no es solo una colección de cuentos antiguos o relatos que provocan escalofríos en la noche. Es un acto de memoria colectiva, un intento humilde de reunir, preservar y compartir las voces que han acompañado a nuestro pueblo durante siglos. Cada una de estas historias —desde el lamento eterno de La Llorona hasta la mano pálida que aún pide pan en una reja de Morelia— lleva consigo el peso de generaciones que las contaron al calor de una fogata, en voz baja junto a la cama de un niño, o susurradas en una plaza cuando el sol ya se había ocultado. Tú, al comprar este libro, has decidido ser parte de esa cadena. Has dicho, con tu gesto silencioso, que estas leyendas merecen seguir viviendo.

Gracias por creer que el miedo también puede ser hermoso.

Gracias por aceptar que en México no huimos de nuestros fantasmas: los honramos, les ponemos altares, les dejamos flores de cempasúchil y pan de muerto, y les contamos a nuestros hijos para que nunca olviden que la muerte no es el final, sino otro umbral.

Gracias a quienes leyeron estas páginas en la quietud de su casa, en el metro abarrotado, en una hamaca bajo un árbol de mango, o en la oscuridad de una habitación cuando todos dormían. Gracias a quienes sintieron un escalofrío al leer sobre la mano en la reja y, aun así, siguieron pasando las páginas; a quienes sonrieron con ternura al llegar a la flor de cempasúchil y entendieron que el amor verdadero nunca se marchita; a quienes cerraron el libro con el corazón un poco más pesado después de

conocer la tragedia del Callejón del Beso, pero también un poco más lleno de gratitud por estar vivos y poder amar.

Gracias a los que compraron este libro como regalo: para una madre que aún cuenta historias a sus hijos, para un amigo que no cree en fantasmas, pero quiere comprobarlo, para un ser querido que vive lejos y necesita recordar de dónde viene. Cada vez que este volumen viaje a otra ciudad, a otro país, a otra mesa, lleva consigo un pedacito de México que no se puede exportar en postales ni en videos: el sabor de la noche cuando algo invisible nos observa, el aroma de copal y cempasúchil, el eco de un susurro que dice «por el amor de Dios, que me muero».

Gracias a los libreros independientes, a las mesas de novedades en ferias regionales, a las pequeñas librerías de barrio que siguen resistiendo y que, con cariño, colocan este libro junto a otros que hablan de nosotros. Gracias a quienes lo recomendaron en conversaciones de café, en mensajes de WhatsApp, en publicaciones de redes sociales. Cada palabra que dijiste para que alguien más lo abriera ha sido un puente más para estas leyendas.

Y gracias, sobre todo, a los que antes que nosotros contaron estas historias: a las abuelas que las susurraban en la cocina mientras molían el maíz, a los abuelos que las narraban junto al fogón, a los trovadores que las convertían en corridos, a los curanderos que las usaban para enseñar respeto por la tierra y por los espíritus. Sin ellos, nada de esto existiría. Este libro es solo un eco de sus voces.

Si al terminar estas páginas sientes un escalofrío al pasar por una calle oscura, si miras dos veces la reja de una ventana antigua, si dejas una flor amarilla en tu altar de muertos con un poco más de intención, o si simplemente sonrías al recordar que México es un país donde lo sobrenatural es familia... entonces este libro habrá cumplido su propósito.

LEYENDAS DEL MÉXICO ANTIGUO

Gracias por entrar en estas leyendas. Gracias por no tener miedo de miraras de frente.

Gracias por mantener viva la llama de nuestra memoria colectiva.

Con todo mi afecto y gratitud.

El autor.

Obra protegida por derechos de autor



José Arturo Sarabia Campos (México, 1969) es un destacado escritor mexicano cuya trayectoria literaria se caracteriza por su versatilidad y pasión por la narrativa. Desde su juventud, mostró un profundo interés por la lectura y la escritura, actividades que, aunque en un inicio estuvieron limitadas por sus múltiples ocupaciones, se convirtieron en el eje de su carrera creativa. Con una producción que abarca diversos géneros, su obra refleja una exploración constante de las emociones humanas, los conflictos sociales y los matices de la imaginación, consolidándolo como una voz relevante en la literatura contemporánea mexicana.

Autor de once novelas, las cuales destacan por su diversidad temática y estilística, donde abarca géneros como el terror, la narrativa histórica y la ficción contemporánea.

Además de su trabajo como novelista, ha participado de manera activa en antologías internacionales, lo que demuestra su compromiso con la difusión de la literatura y su integración en el panorama global. Estas colaboraciones han permitido que su obra trascienda fronteras, para conectar con audiencias de diferentes culturas y contextos. En la actualidad conformó una comunidad literaria internacional integrada por escritores de diversos países de habla hispana, con el propósito de publicar las antologías *Ecos de Terror Paranormal* y *Ecos de Terror: Posesiones Demoníacas*.

Aún sigue participando en diversos concursos literarios internacionales, donde su creatividad y dedicación siguen siendo reconocidas.



Obra protegida por derechos de autor